

Libro de los viajes del

fénix de la laguna.

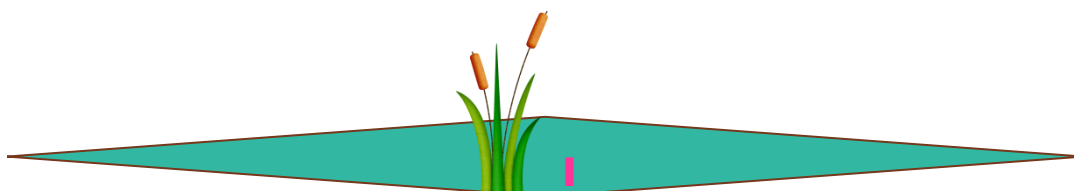
Autoría: Alumnos/as de 4º de ESO

IES Mare Nostrum (Torrevieja), curso 2020-2021.

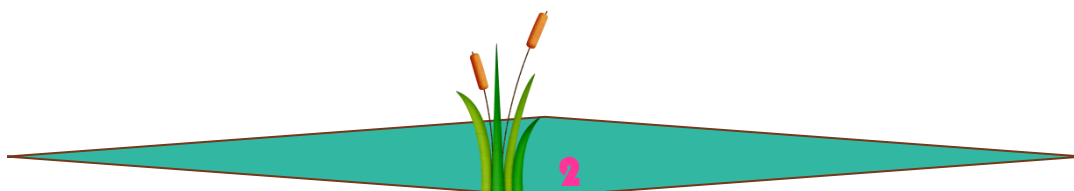
Edición: Departamento de Castellano: Lengua y Literatura.

ÍNDICE

| | |
|------------------------------------------------------------|----|
| TODOS SOMOS AVES MIGRATORIAS (PRESENTACIÓN) | 3 |
| LOS MANGLARES (ASIA) | 4 |
| El último día (Siria) | 6 |
| Mi paso por Palestina..... | 8 |
| El amor en guerra (Lesbos) | 10 |
| Alas negras (Afganistán)..... | 15 |
| El infierno Karabaj (Azerbaián)..... | 19 |
| La nueva ave del valle (Oriente Medio) | 21 |
| Luchando por humanidad (Ucrania) | 27 |
| El fin de Vladimir (Ucrania) | 31 |
| Las calles son rojas (Kirguistán)..... | 33 |
| La codicia (Yemen) | 35 |
| Enemigos (China-Taiwán)..... | 38 |
| Una nueva vida (Myanmar)..... | 39 |
| Sensación elástica (Ucrania) | 41 |
| Eso cambió la vida de muchos (Kurdistán) | 43 |
| Algo distinto (Iraq) | 45 |
| La desaparición (Siria) | 47 |
| El camino optimista de María (Ucrania) | 50 |
| EL SALAR (AMÉRICA) | 52 |
| La gran pérdida (Bolivia) | 54 |
| Migración(Amazonas) | 57 |
| Será el amor (Colombia)..... | 61 |
| Amanecer en la frontera (México-EEUU)..... | 64 |
| El valor de las pequeñas cosas de la vida (Venezuela)..... | 67 |
| La “situación política” (Cuba)..... | 71 |
| Amor a través de un muro(México)..... | 73 |
| “El rey flamenco” (México-UE) | 75 |



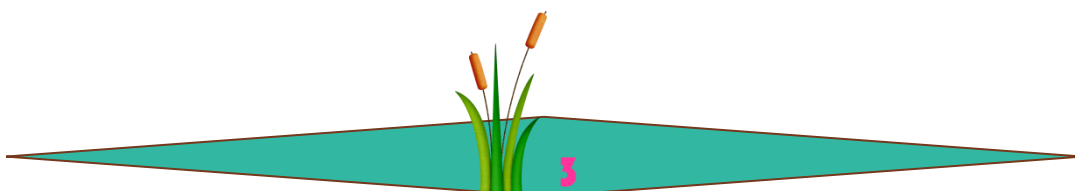
| | |
|-----------------------------------------------------|-----|
| Los hechiceros (Paraguay)..... | 77 |
| Miedo (México)..... | 79 |
| EL DELTA (ÁFRICA)..... | 82 |
| Un día en Somalia | 84 |
| Demasiado tiempo de injusticias (Gambia) | 88 |
| Navidad en guerra (Sahara Occidental) | 94 |
| Mi viaje más difícil (Gambia)..... | 96 |
| Al otro lado del mar (Lampedusa) | 98 |
| Prohibido pensar (Nigeria)..... | 100 |
| El viaje a Sudán del Sur | 101 |
| Sin tregua (Sahara Occidental)..... | 102 |
| Por siempre (Desde el más allá)..... | 105 |
| Epílogo: La reconciliación imposible (Eclipse)..... | 107 |



TODOS SOMOS AVES MIGRATORIAS (PRESENTACIÓN)

Tras una larga y dura migración, tres flamencos se encuentran en la laguna rosa de Torre Vieja. Cada uno de ellos ha visto mucho mundo, ha conocido a muchos seres, le han contado muchas historias y ha vivido muchas anécdotas él mismo. Aquí tenéis algunas de esas historias o anécdotas que han imaginado alumnos de 4º de la ESO y que nos hablan de un mundo lleno de conflictos, pero en el que la esperanza se mantiene por encima de todo, a menudo en forma de ave migratoria.

Alicia Vicens Cantó.



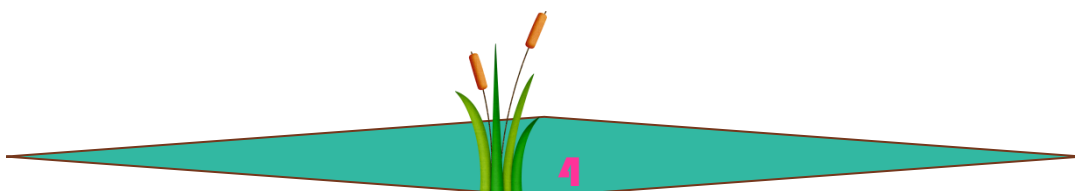
LOS MANGLARES (ASIA)

Nací en los manglares de Birmania. Nos escondíamos del marabú, que se abalanzaba a menudo sobre nuestros pequeños. Por ello, la colonia decidió emigrar. Era a finales de primavera. Yo había estado enfermo y no me sentía con fuerzas para seguir al grupo en un viaje sin un destino claro. Me prometieron esperar en la costa oeste de la India hasta que estuviera completamente recuperado y pudiera reunirme con todos.

Así que en el mes de julio partí hacia Mumbai. Por dos semanas volé sin descanso, pero cuando llegué ya todos se habían ido. En pos de los míos, marché entonces hacia el norte, según me indicaron las garzas. Atravesé el Gran Desierto de Thar y la tierra de los pashtunes; divisé a lo lejos las cimas del Kirguistán; sobrevolé el Mar Caspio y el Ararat divino...

Ya mediaba octubre cuando alcancé el Mar de Azov, sin rastro de la multitud rosada que perseguía. Una madrugada, en el Taganrog, el Don bajaba ya helado. No podía quedarme allí. Dolorosa y sordamente escindida, dejé atrás la península de Crimea y volé hacia latitudes más cálidas.

Crucé sobre el Mar Negro hasta el Kurdistán. Me admiraron aquellas mujeres hospitalarias, sonriendo indómitas pese al sinfín de guerras que enfrentaban. Después lloré sobre la devastación de Siria, la legendaria Siria. Y me detuve de nuevo en Palestina, donde un rabino enigmáticamente me dijo: "Tu ojo es un *aleph*". Pero no soporté asomarme al otro lado del muro. Volví atrás y recalé en Mytilene. Allí un gran incendio empalideció mis alas. Tuve que huir entre los expatriados: yo solo era uno más.



Así decidí adentrarme en el azul con rumbo a poniente. En las islas Pelagias, una marea de cuerpos me hizo enfermar. Pero pasé adelante y finalmente arribé a esta costa de primavera perenne. Me atrajo la lámina rosada de una laguna, donde mis alas de fénix recobraron su vivacidad. Y después de mí fueron llegando otros. Al mirarlos pude ver como un *aleph* el mundo entero en sus ojos: todos tenían una historia única que contar.

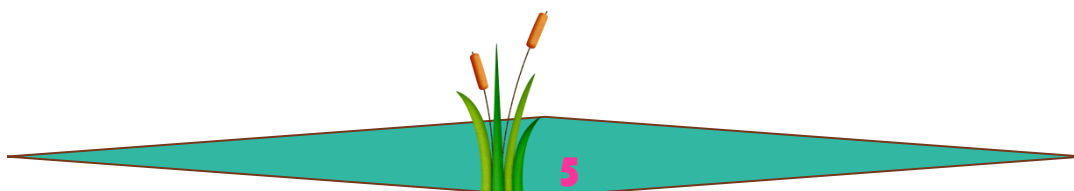


¿Por qué se perdió este personaje?

¿Escogió la ruta equivocada?

Alicia Vicens Cantó.

Diciembre de 2020.



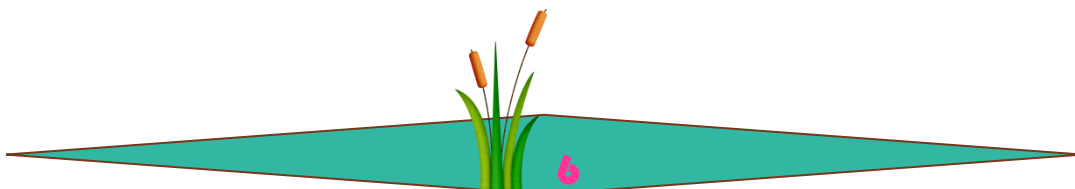
El último día (Siria)

Soy Ossama, un niño de ocho años. Tengo una hermana que se llama Farah y tiene cinco años. Vivimos en Siria con nuestro padre Wala. Mi padre normalmente me explica que hay gente mala y por eso muchas personas mueren diariamente aquí en Siria; me cuenta que muchos países están igual que nosotros, pero también me cuenta que en otros muchos las familias viven una vida normal.

Farah y yo perdimos a nuestra madre hace unos meses. Mi madre había salido a buscar algunas medicinas y gasas porque huyendo de la gente mala me había caído. Llevaba un par de días sin venir a nuestro refugio (y digo nuestro porque no hay más sitios en los campamentos de refugiados y con mucha dedicación hemos hecho uno para nosotros). Mi madre empezó a preocuparnos al ver que pasaban los días y seguía sin venir. Mi padre rezaba mucho para verla.

Un día mi herida de la rodilla se infectó y papá tuvo que ir a buscar las medicinas que había ido a buscar mi madre. Yo me quedé en nuestro refugio cuidando de Farah. Había unas reglas muy básicas, si estábamos solos teníamos que cumplirlas paso a paso: si escuchábamos disparos, ruidos o gritos, Farah y yo teníamos que taparnos con la manta verde que papá encontró; no debíamos responder a ninguna persona que no fuera papá; y la comida que nos encontráramos por las calles, debíamos guardarla en los bolsillos. Escuché un ruido y asomé el ojo: vi que era papá, pero tenía cara de haber visto a un muerto. Me levanté rápidamente para coger las medicinas y tomármelas porque tenía dolores muy fuertes. Mientras me estaba poniendo una crema en la herida, papá empezó a llorar.

Farah fue a abrazarle y preguntó qué le pasaba. Nos quedamos los tres en silencio y papá dijo con la voz temblorosa: "Fui a buscar las medicinas y a buscar a vuestra madre, iba mirando persona por persona en el suelo para ver si la encontraba y, cuando menos me lo esperaba,

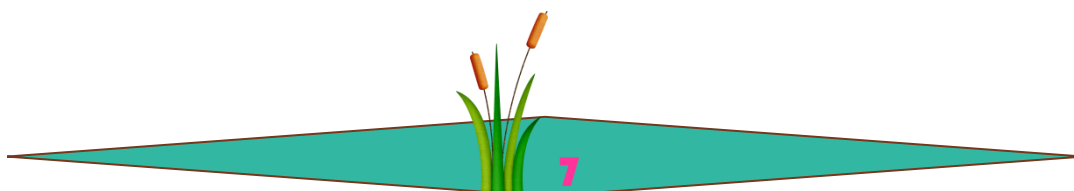


la vi, vi a vuestra madre con las medicinas en las manos y con un disparo en la cabeza”. En ese momento empecé a llorar, me sentía muy culpable. Cuando nuestros padres salen, a veces tardan un par de días en volver, por eso hasta entonces no le había dado importancia. Desde ese momento, siento un gran agujero en el corazón y en el estómago.

Ahora ya tengo diecisiete años y Farah, catorce. Por fin puedo decir que escribo desde un refugio.

Poco después de que mi madre muriese, mi padre también lo hizo. Estuve cuidando de Farah yo solo durante seis meses. Un día, buscando comida, me encontré con una buena madre y me preguntó por qué estaba solo, la llevé a mi refugio y le expliqué palabra por palabra lo que nos había pasado hasta el día de hoy. Se quedó sorprendida con nuestra historia y sin pensarlo nos llevó con ella a una fábrica abandonada, en la que vivían sus dos hijas y su padre. Vivimos con ellos durante once meses, hasta que un día un hombre con uniforme y el rostro tapado entró en la fábrica. Todos temíamos el final que iba a haber pero cuando menos lo esperamos se quitó la especie de casco raro que llevaba y nos explicó que había sitio de sobra para nosotros en un refugio. Fue uno de los mejores días de mi vida y no podía parar de pensar en mis padres. No sé cómo acabará esto ni dónde ni por qué pero no puedo sentirme más feliz de tener a mi hermana salva y a mi nueva familia.

Lidia Bermúdez Martín 4ºD



Mi paso por Palestina

Y ahí estaba yo: un simple flamenco al que le esperaba un largo camino lleno de aventuras.

Yo vivía en Palestina allá sobre el 1948, justo durante el gran conflicto entre israelíes y palestinos. Un día normal y corriente en mi casa, una casa muy noble, donde vivíamos mis padres y yo, escuché un fuerte estruendo. Seguidamente acudió mi madre diciéndome con voz muy asustada:

–Pico, tenemos que irnos inmediatamente, este ya no es un lugar seguro para nosotros.

En el acto, empacamos lo justo y necesario, y salimos como pudimos, entre bombas y disparos que nos rodeaban. No me dio tiempo ni para despedirme de mi casa, mi hogar, en el que estuve desde que era un pequeño flamenquito que ni siquiera tenía las plumas rosadas.

Al llegar a la playa, allí había ya muchos amigos nuestros, vecinos preparándose para embarcar...

Llegamos de milagro, subimos a la barca y emprendimos una larga travesía de cuatro días.

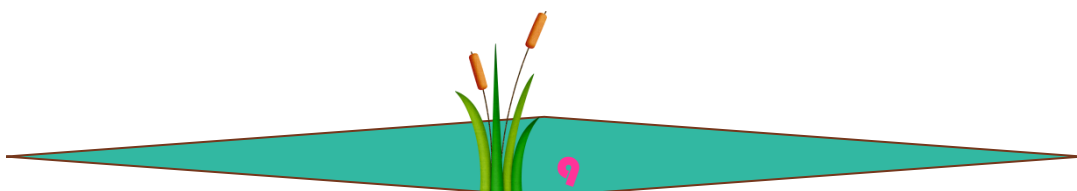
Y por fin llegamos. Yo estaba súper cansado y hambriento, ya que en la embarcación no había comida suficiente para todos. Nuestro bote fue



a parar a la playa más bonita que había visto en toda mi vida. Habíamos llegado a España, Torrevieja para ser exactos, el lugar que nos salvó la vida tanto a los tripulantes como a mi familia y amigos. Desde el primer momento supe que este iba a ser mi lugar.

Todos los flamencos nos pusimos en marcha en bandada hacia unas preciosas salinas donde ya había muchos otros, que nos recibieron con las alas abiertas. Descansamos unas horas y, desde entonces, este maravilloso lugar, Torrevieja, ha sido mi hogar y el de mis hijos, hasta hoy. Así que espero que después de contaros mi historia sepáis que por muchas cosas malas que paséis, siempre se ve una luz al final del túnel.

Blanca Salvador Maturana 4ºE



El amor en guerra (Lesbos)

9 DE SEPTIEMBRE DE 2000, CAMPAMENTO DE LESBOS (TURQUÍA). SAID.

“Tengo que hacer algo”, pienso mientras veo cómo las llamas se van acercando hacia nosotros. Estoy completamente paralizado, y no creo que sea por las llamas, sino por el miedo que tengo a perder a mi luz en la oscuridad, mi agua en el desierto, al tesoro de mi vida, mi amor eterno.

Es extraño, pero en los momentos más críticos te fijas en las cosas más insignificantes. Observo la manera en la que su cabello oscuro como la noche brilla ante la lumbre, ardiente como nuestro amor; en cómo sus ojos color esmeralda se pierden buscando una salida del infierno; en el movimiento del collar en forma de luna que representa nuestro amor -yo soy el cielo y ella la estrella que lo ilumina.

De pronto siento cómo algo dentro de mí empieza arder, y me doy cuenta de que ya es demasiado tarde para poder escapar, el incendio nos ha alcanzado.

1998, CAMPO DE LESBOS. SELMA.

Es imposible dejar de pensar en mis padres, sigo sin poder creer que de un momento a otro nos hayan separado, ha pasado todo tan rápido que ya no me acuerdo. Aunque los hombres que me han acompañado hasta esta tienda de campaña apiñada entre muchas otras me hayan felicitado por seguir viva, yo no me siento como tal, dentro de mí yacen una inseguridad y un desconcierto que nunca antes había experimentado.

De repente una mujer de cabello largo y abundantes pecas interrumpe mis pensamientos y me pregunta:

–Hola, ¿cómo te llamas? ¿Necesitas algo, pequeña?

–Soy Selma y quiero saber por qué estoy aquí –le respondo sin entender nada.



–Bueno, cariño, tienes que comprender que hay gente mala que mata a personas inocentes sin motivo y que tú tienes una gran suerte de haber llegado hasta aquí, donde te protegeremos –dice con cara de tristeza.

–¿Y mis padres? –le pregunto temiéndome lo peor.

–Tus padres... ya no están, se han ido...

En el preciso instante en el que escucho que mis padres han muerto dejo de atender y empieza a nacer dentro de mí la muerte de mi inocencia, siento un puñal se me clava en el pecho mientras veo pasar lentamente en el recuerdo los últimos momentos en los que fui plenamente feliz.

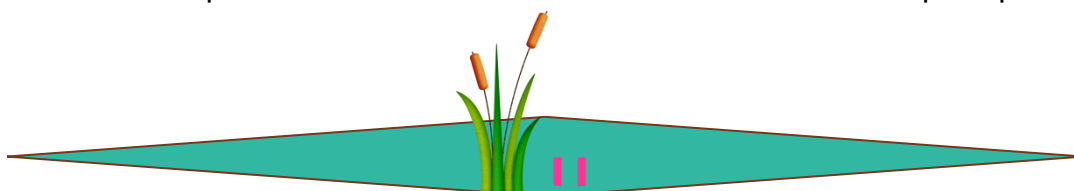
1999, CAMPO DE LESBOS. SAID.

Estoy comiéndome una manzana que me he encontrado en el suelo cuando por sorpresa se acerca una chica más o menos de mi edad y me pide un trozo. La miro y la analizo: alta, pelo negro como el carbón, labios finos y unos ojos color esmeralda que me dejan petrificado durante unos segundos.

Le ofrezco un trozo de mi preciado tesoro y, al mismo tiempo que pienso en cómo iniciar una conversación, me pregunta mi nombre. Eso sí que no me lo esperaba. Le respondo con un “Soy Said, ¿y tú?”, y ella me responde con cinco letras que no se me olvidarán en la vida: “Selma”.

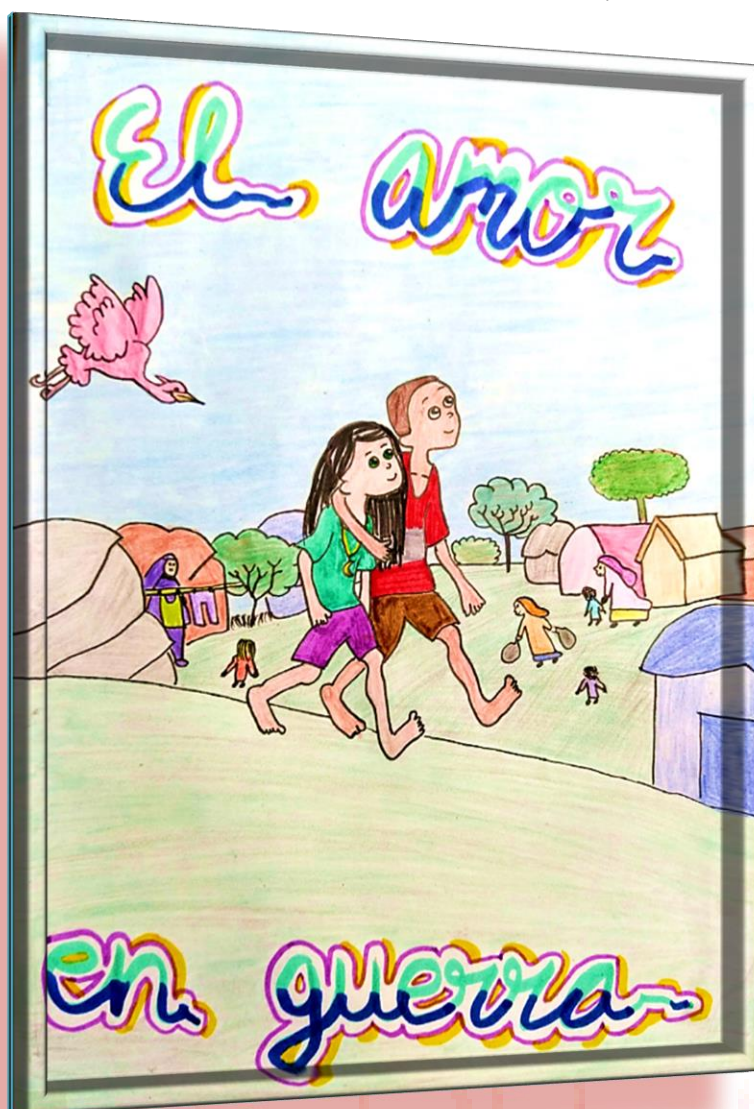
Una cosa lleva a la otra y acabamos contándonos cómo hemos acabado allí. Ella me cuenta que estaba un día por las calles de Irán con sus padres cuando un estruendo retumbó en el ambiente e hizo que sus padres murieran por contusiones graves provocadas por una bomba. Yo le cuento la forma en la que mis abuelos me criaron de pequeño en Irak y luego me trajeron a este lugar para protegerme y jamás los volví a ver.

Aunque la historia que me cuenta es trágica, lo hace de una forma que me deja ensimismado. La observo y veo cómo le brillan los ojos de rabia, de qué forma mueve los brazos con grandes aspavientos y cómo meneas su pierna derecha con nerviosismo. Siento cómo el principio de



un amor sin fin comienza a posarse en mi corazón como si de un bastón se tratase, y que a partir de ese instante ella será la única razón por la que viva.

ENERO DEL 2000, CAMPAMENTO DE LESBOS. SELMA.



Ya ha pasado un año desde que conocí a Said, y he de reconocer que nunca antes había sentido un amor tan grande por nadie. Él es el único motivo por el que soy feliz. Desde aquella primera conversación iniciada por un trozo de manzana todo ha ido sobre ruedas, empezamos a hablar todos los días y a contarnos nuestros miedos e inseguridades, hasta que

una noche a la luz de la luna me regaló un colgante que era de su madre y me dijo que sería el símbolo de nuestro amor, y un segundo después me dio un tácito beso en la boca.

Verdaderamente nuestras vidas aquí son muy duras, cada día llegan más inmigrantes, y las condiciones en las que vivimos son pésimas. Pero, a pesar de todo, no me puedo quejar, porque yo tengo a



Said, la luz que ilumina mi pasión, mi mar de ilusiones, y la persona que me enseñó que nuestro amor es otra guerra por la que hay que luchar. Nunca nos separamos, porque somos lo único que tenemos.

2002, LUGAR DESCONOCIDO. SAID.

Abro los ojos y veo a una enfermera rubia a mi lado mirándome fijamente, se sorprende y acto seguido llama gritando a los demás médicos.

Ahora estoy rodeado de un montón de personas a las que ni conozco, las cuales intentan explicarme algo. Pongo atención y escucho que he estado dos años en coma, y que en ocasiones pronunciaba un nombre ininteligible para los oídos de los enfermeros. Entonces me viene una imagen a la cabeza: una chica con pelo negro y ojos verdes que lleva un colgante en forma de luna. “Sel... Se... Se... Sel... SELMA”, digo finalmente.

Los médicos se amontonan sobre mí incrédulos y me hacen repetir ese inolvidable nombre. A continuación, me empiezan a hacer mil pruebas para asegurarse de que estoy bien. Más tarde me entero de que estoy en un hospital recuperándome de un incendio que fue provocado en el campamento de refugiados en el que vivía. Dentro de un par de semanas me darán el alta.

2003, CAMPAMENTO DE LESBOS. SAID.

Ahí está. No dudo ni un solo segundo y corro hacia ella. Me abalanzo y la abrazo con fuerza mientras lloro. Por un momento, Selma, mi estrella en la noche, se queda sorprendida por el asalto, pero finalmente se da cuenta de que soy yo, su cielo en el que volar.

Nos sentamos sobre dos piedras mientras trato de tranquilizarla y explicarle lo sucedido. Ella no para de llorar y de mirarme escéptica. Pasan tres horas hasta que termino de narrar mi historia al tiempo que ella está callada.

Le cuento que me desperté de un coma y dije su nombre, a raíz de ahí empecé a recordar quién era y cómo llegué al hospital. Aunque



los médicos me dijeron que era peligroso volver, yo... era en lo único que pensaba. No podía soportar pensar que al sol que iluminaba mi sonrisa lo había apagado un incendio provocado. En cuanto me dieron el alta quise venir, pero antes tenía que planificar algo para volver a ser feliz con ella. Busqué trabajo y después fundé una pequeña ONG que tuvo mucho éxito. A continuación, con el dinero que recaudé vine hasta aquí para encontrar a mi diamante perdido.

Selma se queda atónita y me besa. Me dice que todos estos años ha estado preguntando por mí, hasta que un día me dieron por muerto. Me doy cuenta de que se le saltan las lágrimas a la vez que le brillan los ojos, esta vez de emoción, y entonces los dos comenzamos a llorar como si no hubiera un mañana. A partir de ese momento comienza nuestra nueva vida.

2005, NUEVA YORK. SELMA.

Ahora sé que todo pasa por algo y que la vida es muy bonita. En solo un par de años mi percepción del mundo ha cambiado radicalmente: he pasado de vivir en un campo de refugiados hundida en mis tristes pensamientos a concienciar a la gente sobre esta situación junto al amor de mi vida. Nos dedicamos a contar nuestras experiencias por todo el mundo, desde la desesperante y asfixiante guerra, pasando por el incendio provocado hasta llegar a las agresiones y violaciones diarias. De este modo las personas abren los ojos y empatizan con el infierno de los que lo han perdido todo.

Cada dos meses utilizamos el dinero que vamos recaudando para ir a campos de refugiados y salvar a gente inocente que no tiene culpa del ambiente de odio que se respira en este mundo que acaba con gente buena, con ganas de ayudar a los demás y sacar adelante a la sociedad, mientras que los malhechores siguen con sus planes. De este modo podemos mejorar un poco el mundo y enseñar a las personas que también hay cosas bonitas en la vida, como el amor eterno.

Triana Avilés Mañogil 4ºD



Alas negras (Afganistán)

Aquel día gris, nuestro compañero Fred se aventuraba en las tierras de Asia, concretamente en la frontera de Afganistán, junto a su bandada de flamencos. Estos animales son aves muy sociales, viven en colonias y se cree que lo hacen para tres grandes propósitos: evitar depredadores, maximizar la ingesta de alimento y usar más eficientemente los escasos sitios de anidación adecuados para ellos. Pero a pesar de ser unos animales sociales, Fred nunca había logrado encajar en su bandada, no encontraba la manera de hacer amigos. Los comentarios que hacían sobre sus alas negras tampoco ayudaban: decían que portaba mala suerte, que era fruto del diablo o que, simplemente, era raro. Aunque era una simple marca de nacimiento.

Nuestros compañeros siguieron viajando por tierras de Afganistán, sin saber lo que les depararía su viaje, pues este país sufría un interminable conflicto debido a los pocos acuerdos políticos a los que habían llegado sus gobernantes. Sin embargo, esto no lo sabían las aves que se adentraban en el corazón de Asia.

Sobrevolando el cielo gris, escucharon un estruendo, y otro, y otro, en un lapso no mayor de veinte segundos: las bombas no cesaban. Rápidamente se refugiaron en una cueva cerca del lago Band-e-Amir, pero a esas alturas las bombas ya se habían llevado a más de un compañero de Fred. Estaban aterrados.

–¿Quiénes sois? –escucharon una voz.

–¿Quién eres tú? –replicaron los flamencos-. ¿Qué está pasando?

–Nunca os he visto por aquí... Me llamo Groot –se presentó aquella voz-. Estamos en medio de un conflicto entre países, cada día caen bombas del cielo y acaban con miles de animales y de personas.



–Pero esto es terrible –reaccionó Fred–, ¿por qué no paran de una vez? Solo están causando daños.

–Creo que no se llevan bien, no lo sé –concluyó Groot.

Groot está tan desconcertado como los flamencos. No saben por qué tanto daño y dolor se están sembrando, solo saben que tienen que sobrevivir.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –le pregunta Fred.

–Mis compañeros desaparecieron hace unas semanas. Éramos más de treinta, y poco a poco estas bombas...

–Lo siento mucho, debe de haber sido muy duro para ti –Fred intenta consolarle.

–Lo verdaderamente triste es sentirme igual de solo que antes. ¡Estas malditas alas negras...! Me decían que no debería estar con ellos, que atraigo la mala suerte por tener estas alas negras y no las coloridas como las suyas –confiesa Groot.

–¿En serio? –se sorprende Fred –Pensaba que yo era el único... A mí me dicen lo mismo por no tener su plumaje rosa.

Fred y Groot se sienten identificados por la discriminación que les ha tocado vivir desde que tienen consciencia. Groot es una cacatúa enlutada, en sus genes están las alas negras. Sin embargo, nunca conoció a su familia y se vio envuelto con otra raza de loros en la que el gen de las alas negras no predominaba.

Pasada la noche, todos se despertaron. Y mientras aprovechaban la tranquilidad que había, continuaron su viaje con prisa para huir del lugar. Pasaron de estar en el corazón del país, donde más se concentraban los bombardeos, a apartarse lo más lejos posible. Pararon a descansar en



un bosque pequeño que encontraron a bastantes kilómetros de la zona crítica. Los flamencos no sabían dónde estaban, Groot tampoco. Fred propuso descansar aquí hasta que apareciera el sol de nuevo: “Aquí estaremos seguros, no sabemos si volveremos a encontrar otro bosque”.

Pero a nuestras aves no les acompaña la suerte. Han decidido pasar la noche cerca de un pequeño lago en uno de los bosques de Nuristan, pero no saben que no son la única especie que ha sobrevivido al conflicto. Una manada de depredadores les acecha...

–¡Groot, despierta! –le gritó Fred–. He escuchado algo en los arbustos de allí...

–Será una ardilla... Tenemos suerte de estar vivos, ella también. Déjala en paz –le respondió Groot.



Fred no podía conciliar el sueño por el mal presentimiento que tenía. Y no era en vano: pronto ocurriría algo fatal. Los depredadores se lanzaron unos segundos después de que Fred advirtiese a Groot. Fred, al estar alerta, agarró del pescuezo a su amigo y emprendió su huida. Algunas de las otras aves también se dieron cuenta, pero fue tarde. Fred parece no sentir mucho dolor, ni rabia ni resentimiento, quizá por el hecho de que le llevan apartando de sí toda su vida.

–¡Eso fue rápido! –exclamó Groot–. Nunca hubiera esperado que quedarían tales depredadores como los lobos grises después de tantas explosiones... ¡Te debo la vida!

Así pues, nuestros compañeros de alas negras continuaron su viaje hacia Europa, aunque ellos no sabían hacia dónde se dirigían. Pasaron muchas semanas hasta que llegaron a su destino; anduvieron por numerosos países en los que fueron fotografiados y se hicieron muy conocidos, ya que un experto hizo notar la rareza de que dos especies tan distinguidas viajasen juntas. Por ello fueron calificados como “Los Alas Negras”, los cuales ahora viven tranquilos en el Parque Natural Lagunas de la Mata, de Torrevieja.

Iryna Zhygalova 4ºD



El infierno Karabaj (Azerbaiján)

De aquel día nunca me olvidaré. Era el mes de febrero de 1992. Yo vivía en la pequeña ciudad de Jójali. Desperté a las ocho y media de la mañana para ir a trabajar, desayuné con mi esposa, me vestí y salí de casa. Por el camino, de repente, empecé a escuchar gritos y disparos por todos los lados, y vi que la gente salía corriendo. Sin entender qué pasaba, intenté hablar o preguntar a alguien el motivo de los disparos y el caos, pero nadie supo explicarme. Empecé a correr también yo como un loco, y, por donde iba, había gente muerta y gente llorando.

Llegué a casa, muy nervioso por ver el estado de mi mujer, ya que estaba embarazada, pero ella no estaba allí y eso me preocupó mucho. Salí de nuevo para buscar si estaba por la zona y... la encontré tirada en el suelo con mucha sangre alrededor. Había fallecido por un disparo en la frente.

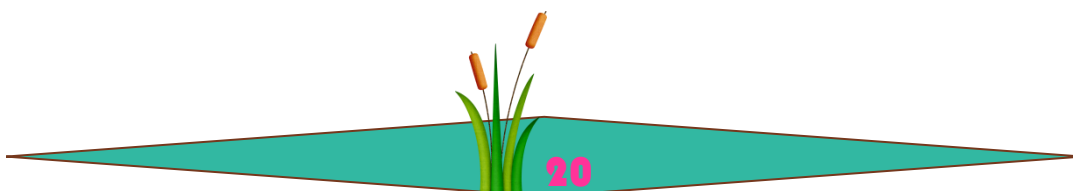
Se oían ya bombas y disparos aun más cerca, así que eché a correr para alejarme de aquella zona. Quise ayudar a algunas personas que quedaban vivas, pero era imposible, caían uno tras otro. Me escondí en un rincón que nadie conocía y llamé a la policía para ponerles en contexto e informar de que la gente del pueblo necesitaba ayuda, pero nadie me respondió. Por un momento pensé que habrían muerto ya todos en el pueblo y decidí pasar la noche en mi refugio. Al día siguiente, la guerra no había parado. Intenté salir de allí, pero era imposible, porque todo estaba destruido, cada vez peor, masacre y devastación por todas partes. Seguían cayendo bombas, oyéndose disparos.

Entonces empezaron a llegar refuerzos de otros países para ayudarnos, aunque eso ha hecho que la situación se prolongue en el tiempo. Estos países llevan años intentando que las dos partes enfrentadas reduzcan las tensiones y que Armenia y la República de



Artsaj reanuden las negociaciones con Azerbayán. Pero ahora los turcos han decidido ayudar a las fuerzas armadas azeríes y la guerra ha comenzado de nuevo, se aplica la ley marcial y hay toque de queda. A día de hoy, dieciocho años después de aquella masacre, la carta que hemos apostado los que entonces quedamos vivos es refugiarnos en minúsculos agujeros que hemos ido construyendo durante este tiempo, esperar, y soñar con volver a ver a nuestros familiares que se encuentran en el frente, cuando esta guerra termine, o cuando alguno de los dos lados se imponga definitivamente al otro.

Hamza Amine Salhi 4ºA



La nueva ave del valle (Oriente Medio)

Un nuevo amanecer alumbró el valle. La verde hierba y aquel limpio y cristalino riachuelo que recorría este hermoso lugar daban las vistas perfectas de la primavera que había comenzado hacía poco. Las bellas flores crecían por todo el lugar, de todos los colores y olores imaginables. Los peces saltaban de alegría mientras nadaban en el agua limpia del riachuelo y hermosos insectos sobrevolaban alrededor. Un bello y único paraíso para cualquiera. En este valle vivían miles de especies de aves de bellos y únicos plumajes, desde pequeños e inofensivos kiwis y pingüinos, hasta feroces cóndores y águilas. A pesar de sus diferencias y necesidades, nunca había discusión alguna. Era una verdadera armonía entre especies.

Aquella madrugada que parecía como cualquier otra, tras el canto mañanero del gallo en su corral, un grupo de aves se reunió en el centro del lugar. Esperaban a un nuevo visitante.

–¡Ahí está! –mencionó un águila observando desde la lejanía de su nido– ¡Lo veo!

Todas las aves se emocionaron tras la noticia. La emoción y expectación de conocer al ave de la que tanto se había hablado durante meses subió tras saber que estaba a punto de llegar al valle.

–¿Cómo será? –susurró la Urraca–¿De qué color será su plumaje?

El Pavo Real, al escuchar aquellas preguntas, con todo su engreimiento y envidia por toda la atención que recibía aquella ave sin siquiera haber llegado aun, contestó:

–¿Acaso importa? Sea como sea el ave, no superará mi hermoso plumaje, tan bello y brillante- y pasó sus alas por encima de las plumas de su larga y colorida cola.

–Yo me lo imagino grande, de bello plumaje –habló el Canario–. ¡Y muy fuerte además! –alzó las alas con emoción.



–Pavo Real, tú eres el único que ha salido alguna vez de este valle, ¿qué hay más allá de él? –preguntó un pequeño gorrión mientras sobrevolaba a la gran y colorida ave.

–A decir verdad, no hay nada que os pueda llamar la atención...solo es un sitio, diría que “normal”– contestó el Pavo Real.

–¡Silencio! –de un solo gesto, la Grulla calló a las aves.

Minutos pasaron, largos y expectantes.

–¡Ya viene! –cacareó una gallina blanca que corría a toda velocidad y dando vueltas por todo el lugar–. ¡Atención todo el mundo: ya viene el ave!

Entre la profunda arboleda se vio sobrevolar a un ave, que sin duda era el nuevo visitante que tanto anhelaban todos conocer. Y aterrizó sobre el valle.

Todas las aves corrieron a conocerlo. Menos el Pavo Real, que ahí se quedó, mirando.

–Pero, ¿qué es esta gallina colorida? –alzó la voz un ave.

El Pavo Real, asombrado por el comentario, corrió a ver qué estaba pasando. Y ahí estaba el ave que todos anhelaban conocer: una pequeña ave, de cuerpo grande y cabeza pequeña, color rojo alrededor de sus ojos y turquesa por demás, con una cola amarillenta subida para arriba y con pinta de haberlo pasado mal volando hasta aquí.

–Soy un faisán, no una gallina colorida –exclamó angustiada el ave tras notar cómo la recibían–. Soy un ave, proveniente del Asia templada.



Los pájaros lo miraron confusos, parecían no entender a este nuevo visitante.

–¿Qué es un “Asia”? –preguntó el Tucán.

El Faisán parecía asombrado por el desconocimiento e ignorancia de estas aves. Rascándose la cabeza, contestó:

–Es un continente, cercano a Europa –se alejó un poco de las aves y extendió sus pequeñas alas para explicar–. Es un lugar ASÍ de grande –alzando cuanto más podía sus alas.

Todas las aves del lugar se quedaron en silencio unos minutos, mirando a la pobre y agotada ave. Y de pronto, todos comenzaron a reírse a carcajadas sin parar:

–¡Menudas locuras dice esta gallina! –alzó la voz la Grulla–. Eres muy gracioso, ¡cuéntanos más de esa tal “Asia”!

El Faisán se quedó petrificado. Sin palabras. Las aves no parecían conocer la vida más allá del valle. Y con esto en mente, comenzó a hablar. Las aves, mientras, se sentaron a escucharlo para oír más divertidas locuras del Faisán.

–Está bien, bueno... Asia es el continente más grande de todos. Yo provengo de la zona templada. En Asia viven muchas aves aparte de mí –comenzó a caminar dando vueltas mientras hablaba. Entre tanto el Pavo Real lo miraba con recelo, alejado del círculo de aves–. Normalmente, los faisanes no solemos viajar mucho, nos gusta a la mayoría estar en el suelo, aunque yo me he pasado toda mi vida viajando a otros continentes, como Europa y América.

Un cuervo interrumpió entonces al Faisán:

–Y todo eso está muy lejos? –preguntó aguantándose la risa.

–La verdad es que sí –contestó el Faisán, molesto por la notoria burla–. Y en esos continentes existen miles de trozos de tierra, pequeños y grandes, donde hay miles y miles de aves, pero no se parecen a nosotros, viven en enormes nidos y vuelan en pájaros más grandes que ellos mismos, lo hacen todo distinto a nosotros.



Las aves se quedaron mirándolo, y empezaron a reír sin control otra vez.

–¡Esto es lo máximo! ¿Pájaros enormes? ¿Nidos grandes? ¡Qué barbaridad! –siguieron riéndose.

La Urraca alzó la voz:

–¡Silencio! ¡Dejadle hablar!

El Faisán agradeció la intervención y siguió con sus historias. Minutos pasaron, las aves escucharon cada palabra del pequeño con indiferencia.

–¿Y esas aves viven bien como nosotros? –una voz preguntó entre todos: era el Pavo Real.

El Faisán calló, dudoso por aquella pregunta tan simple, pero que parecía preocupar al ave en su conciencia.

–Responde –alzó la voz el Pavo otra vez, con tono serio y firme.

–Bueno, no exactamente... –contestó–. Estas aves viven en la desigualdad, unos son mejores que otros, otros son peores, unos pelean para conseguir un poco de comida cada día, mientras que los otros gozan de comida ilimitada, no hacen nada y viven su vida con comodidad y sin preocupaciones.

El Pavo Real se quedó callado, con una mirada fija, esperando a que él siguiera.

–En ese mundo, las guerras son pan de cada día, en todos sitios, por todas partes...

–Oh, ¿eso es bueno no? –salió una pregunta entre todos los espectadores.

–Claro que no –dijo el Faisán–, muchos mueren, por hambre, por sed... y si no es por esas dos cosas, las piedras rápidas que disparan para matar a sus adversarios lo harán–.El público se quedó callado.

–¿Y cómo se llaman esas aves, lo sabes? –se plantó el Pavo Real delante del Faisán, incomodándolo por la gran diferencia de altura.

–Se hacen llamar “humanos” –susurró el Faisán.



El Pavo Real, conforme con la respuesta, se giró hacia todas las aves, que parecían tan incómodas como la pequeña ave. La cara de emoción y alegría desapareció en todos los que se encontraban escuchando las anécdotas del Faisán. Parecían todos realmente confusos ahora, sabiendo que hay una vida más allá de aquel valle en el que todo era paz, tranquilidad y comida por doquier. Aquella vida, por las palabras del Faisán, parecía un lugar terrorífico donde vivir, donde luchar por comer y sobrevivir entre las cenizas de las guerras era lo más importante.

–¡Claramente está mintiendo! –alzó la voz el Cuervo.

–¡Sí! ¿Cómo es que nunca supimos de ese lugar? El Pavo Real fue el único que salió a explorar más allá del valle y nunca nos contó cosas así.

Muchos comenzaron a atacar al Faisán, quien aterrado y confuso, comenzó a alejarse de toda la enojada multitud.

–¡Farsante! ¡Mentiroso!

–¡BASTA! –gritó a las aves el Pavo Real.

Todos se detuvieron repentinamente. El Pavo Real bajó avergonzado la cabeza.

–Lo que dice esta gallina, es cierto.

El pobre Faisán lo miró con incredulidad.

–Soy un faisán...

–Lo que seas –volvió a hablar la gran ave colorida–. Os mentí durante todo este tiempo. Cuando salí de este valle me encontré con todo lo que habéis oído hoy: los grandes nidos, los pájaros, todo esto es algo de los humanos. No son como nosotros, pero no hay ningún problema entre nuestra especie y la suya, aunque no se podría decir lo mismo sobre los problemas que tienen entre sus iguales.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó la Grulla, confundida.

–Yo también soy de la gran Asia. Y he visto cosas horribles, disparos de armas, explosiones, fuego...





Las aves se quedaron boquiabiertas tras descubrir que toda su vida habían vivido alejados de un lugar tan aterrador.

–¿Por qué nunca nos lo has contado?

Ahora la ira del público fue directa al Pavo Real, quien arrepentido confesó:

–Tenía miedo de que me tomaran por un ave loca, todos hemos vivido aquí en total ignorancia sobre el mundo exterior, yo fui el único que vio la verdad.

Y no quería ser exclusivo por saberla.

Las aves se calmaron. Y el Pavo Real siguió:

–Tras ver que hay otra ave que ha visto las mismas cosas tan horribles que yo, y que en vez de vivir en la mentira por miedo a las burlas y humillaciones, ha confesado lo que oculta la vida más allá del Valle, me di cuenta del gran error que cometí.

Todo el mundo se entristeció tras la confesión del colorido ave.

–Lo siento por crear esta farsa, creo que lo mejor será que me vaya de este valle –limpiándose las lágrimas comenzó alejarse el Pavo Real.

Con la verdad sabida, la hierba no parecía tan verde ni el riachuelo tan limpio como antes. El sol ya bajaba y el cielo oscurecía.

–Oye, espera –el Faisán lo adelanta–. No tienes por qué irte –alzó un ala y la puso sobre el Pavo Real.

–Eso –se unieron las demás aves.

El Faisán, emocionado, contestó:

–Simplemente, todos deberíamos aprender y conocer más allá de este valle, todos merecen conocer lo que ocurre y saber lo que están pasando otros y, si es posible, ayudarles sea como sea.

Elizabet Petrova 4ºD



Luchando por humanidad (Ucrania)

SEBASTOPOL, 11 DE OCTUBRE DE 2016.

Llevo más de un año encerrado en las entrañas de un barco, junto a mi compañero Andrey, que solo se queja y fuma pipa.

Todo comenzó el 22 de febrero de 2014, tras la destitución del jefe de gobierno ucraniano. No tardaron ni un mes en llamarnos a mi compañero y a mí. Lo recuerdo perfectamente.

Iba a ir a una entrevista para una organización en Moscú, pero a los dos días de desembarcar allí un hombre se me abalanzó en la calle, el señor me dijo que acudiera a una cafetería en dos horas y que no se lo comentara a nadie. Le hice caso y fui, parecía un asunto realmente importante, y me picaba la curiosidad.

Al entrar en la cafetería había dos mesas ocupadas. La de la derecha estaba compuesta por tres hombres con chubasquero bebiendo cerveza; tenían cañas y cubos de pesca ocupando un asiento. Parecía que se lo pasaban bien. A la izquierda había una mesa con dos hombres trajeados que tomaban vino y no hablaban entre ellos. Supuse que debía sentarme en ésa, y eso hice. Me presenté, les di la mano y me senté de espaldas a la puerta. Me dijeron que debíamos esperar a otro hombre. Me quedé sentado, no tenía ninguna preocupación en quedarme con dudas de lo que nos iban a decir, ya que había dos carpetas encima de la mesa lo suficientemente gordas para almacenar tres o cuatro de mis casos resueltos anteriormente.

A los pocos minutos entró el señor que esperábamos, se disculpó por el retraso y se sentó.

–Buenas tardes –dijo uno de los hombres.

–Buenas tardes –respondimos al unísono. Charlamos un poco sobre nuestros antiguos casos: al parecer sabían todo lo que yo les contaba.

–¿Tienen idea de la situación actual de Crimea?



–Yo no –contesté. La verdad es que sabía entre poco y nada de ese tema, pero mi compañero al instante intervino.

–Bueno, sé que hace poco echaron al jefe de su gobierno, y leí que ahora todos los países... pues quieren ficharla.

Se me escapó una carcajada: ese hombre me cayó bien, sería el mejor detective del mundo o lo que fuera, pero no se le puede hablar a un señor con traje y dos carpetas con hojas a ordenador con metáforas de fútbol.

–Es un buen resumen –dijo uno de los hombres mirando a su compañero, como pasándole el relevo.

–Ustedes son dos de los mejores espías que tenemos en Moscú. Tenemos un caso para ustedes. Tendrán que entrar en Crimea de incógnito, queremos saber lo que hace Ucrania allí y cómo ganar territorio.

Nos explicaron muchísimas cosas más, estuvimos casi cuatro horas allí sentados, ya notaba cómo los calambres del culo subían hasta la espalda y me replanteaba cómo iba a levantarme de allí.

Como podréis deducir, ambos aceptamos la oferta. Nos hicieron muchísimas pruebas y tuvimos varios meses de duro trabajo hasta que nos enviaron al puerto de Sebastopol en un barco de mercancías. Allí permaneceríamos un par de meses, que se han ido alargando, hasta indagar en todos los chanchullos que pudiéramos usar en contra de Ucrania.

Y os preguntaréis: y si no podéis salir del barco, ¿cómo podríais descubrir nada? Pues resulta que el ejército ruso resguarda los buques que hay en el puerto, que supuestamente son de mercancías. Y mi compañero y yo en realidad sí salimos del barco, pero de forma sutil y sin que nadie se entere para obtener información y al volver al barco enviarla al estado ruso.

Hasta ahí todo era lo pactado, hasta que nos pidieron información estratégica para decidir cómo y cuándo bombardear. Mi compañero y yo



no entendíamos nada... Si se querían hacer con el territorio, ¿para qué querrían destrozarlo? Sería como pisar una manzana antes de comérsela.

Nos negamos, ya que no era lo que habíamos hablado, pero nos amenazaron gravemente y decidimos cumplir las órdenes... a nuestra manera. Así que mi compañero y yo hemos mandado unas coordenadas falsas, en mitad del Mar Negro, para ser exactos. Al darse cuenta, el Estado ha intentado ponerse en comunicación con nosotros y como no contestamos han pedido una orden de busca y captura. Los soldados están llegando, así que cojo lo necesario y arrastro a Andrey, con su pipa, para escapar de allí antes de que sea demasiado tarde.

VITERBO, 19 DE ABRIL DE 2018.

Al escapar del barco, fuimos directamente al aeropuerto, aunque tenía que llevar a Andrey casi a rastras, estaba muy desorientado. Compramos dos billetes de ida para el primer vuelo que salía, por supuesto con nombres falsos, que -como buenos espías- de esos teníamos muchos. Destino, Italia. El vuelo se me hizo un poco pesado, mi compañero sufre las turbulencias bastante mal. Al llegar a Italia teníamos bastante miedo de que nos hubieran encontrado. Nosotros teníamos pensado alquilar algún estudio, que sin duda es lo que deberíamos haber hecho. Pero mi compañero rápidamente recordó a un antiguo colega que vivía en Italia. Así que compramos un móvil de prepago para que no pudieran rastrear nuestra llamada y lo avisó de nuestra situación. Cogimos un bus camino a la Viterbo, donde nos esperaba.

–Tenemos que hacer algo con esos pelos -fue lo primero que nos dijo Vladimir.

–¡Hombre, hola! –le respondimos.

Al llegar a su casa nos cambiamos el pelo: yo me lo tinté de un amarillo pollo, y mi compañero de un negro azabache que le quedaba realmente mal.



Pretendíamos cambiar de vida. Estuvimos casi cuatro meses conviviendo con él, hasta que escuchamos que finalmente bombardearon Crimea. Mi compañero y yo estábamos realmente apenados, y con miedo. Pero cada uno debía hacer su vida. Y eso haríamos.

Así han ido pasando los meses. Hace una semana, vinieron a mi casa unos agentes del Servicio de Inteligencia Exterior ruso. Yo salí por la ventana lo más rápido que pude y decidí ir a la casa de Andrey. Pero tenía miedo de que me siguieran y descubrirles así su paradero. De modo que puse un anuncio en el periódico. Él lo lee todos los días y pensé que lo entendería: “La pipa roja es siempre de madera, y si fuera amarilla sería de hojas.” Con “La pipa roja”, él sabría que soy yo quien le habla y con “amarilla sería de hojas” me refería a que cuando cayera el sol nos encontraríamos en el bosque. Supuse que vendría, pero... es un hombre ya mayor, no se me ocurrió pensar que al estar expuesto a tanta presión la cabeza le pasaría factura. Al no acudir a la cita, he estado vigilando a escondidas las entradas y salidas de su edificio... He seguido a esa mujer que lo acompaña por la mañana en su paseo: es una enfermera del servicio de acompañantes para pacientes de alzhéimer sin familia.

Me he quedado solo, el único apoyo que he tenido en estos últimos años no creo ni que se acuerde de mí, y, por lo visto, Vladimir es quien nos ha delatado. Debo seguir solo.

Diana Nieto García 4ºD



El fin de Vladimir (Ucrania)

Hace ya un año y unos meses desde que pasó el desastre. Ucrania sufrió una terrible guerra civil, provocada porque una parte de la población quería formar parte de la Unión Europea y otra parte no estaba de acuerdo con esta idea. Solo por eso se inició una guerra donde murieron miles, donde familias perdieron a seres queridos, donde todo se fue a la miseria.

En la guerra fallecieron el 95% de los militares y civiles, quedaron muy pocos supervivientes. Vladimir, uno de ellos, al anochecer de un caluroso 6 de agosto de 2015, se encontraba cerca de Odesa cazando un ciervo para cenar, en un campamento a las afueras de la ciudad.

Vladimir logra cazar el ciervo y vuelve a su campamento. No es bueno que esté él por el bosque en plena oscuridad: podría haber saqueadores o ser atacado por algún animal. Vladimir cena una porción del ciervo y se acuesta hasta la mañana siguiente. Entonces, al despertar, decide cambiarse de ropa. Tiene unas pocas prendas, pero la mayoría de camisetas y pantalones se le perdieron. En verano por el día hace bastante calor, pero en la noche podría pasarlo mal sin algo más de abrigo; entonces decide adentrarse en la ciudad para ver si en una antigua tienda, ahora en plena ruina, encuentra algo de ropa. También necesita encontrar más agua, ya que se le está quedando escasa.

La ciudad está en ruinas, llena de escombros, todos los edificios, o al menos la mayoría de ellos, están destruidos. Vladimir encuentra una tienda de ropa en un estado de escombros no tan exagerado, y ve que hay ropa en perfecto estado. Le parece algo raro que nadie se haya llevado esa ropa en tan buen estado. Coge unas camisetas, pantalones, una sudadera... Incluso encuentra unas botellas pequeñas de agua. En ese momento sospecha un poco de todo esto, pero después de unas horas él ya no le dará importancia.



Una vez guardada la ropa en su enorme mochila, se dirige de nuevo a su campamento. Después de haber estado un mes bien, sin preocupaciones y tranquilo, en pleno 7 de septiembre de 2015, esa misma noche Vladimir escucha ruidos muy extraños en los matorrales cercanos a su campamento, pero no les da importancia y al rato se duerme sin más. A la mañana siguiente, Vladimir se despierta con varios hombres apuntándole con una pistola a la cabeza. Al parecer, las prendas que se llevó tenían un GPS, y con eso le han estado siguiendo y finalmente le han localizado: deben de ser saqueadores, por su vestuario, por cómo se comportan, incluso por su forma de comunicarse entre ellos... Todo indica que pertenecen a la O.S.A., la Organización de Saqueadores Asesinos. Le piden a Vladimir todo lo que tiene. Él se niega una y otra vez, hasta que sin piedad le dan un tiro en la cabeza con la pistola. Vladimir muere sin más, ya ha visto el fin y le da igual su propia muerte. Este fue el fin de Vladimir.

Laurentiu Totoiu Gafita 4ºE



Las calles son rojas (Kirguistán)

Me gustaría poder volar, volar hacia un lugar mejor; lejos de Biskek, lejos del miedo, lejos de los gritos y de las injusticias. Extender mis alas y viajar por todo el mundo, como esas aves de la historia que cuenta siempre Aiday. Ellas sí son felices, son libres de emprender el vuelo y cubrir el cielo con sus plumas rosadas, como una lluvia de pétalos de rosa y tulipán.



Sin embargo, no puedo. Tengo que quedarme en casa cuidando de Aiday. Aunque apenas pueda ver, es muy sabia y nos quiere mucho a Serik y a mí. Siempre nos ha gustado caminar juntas por las amplias calles de Biskek y pasear con el resto de la familia entre las transitadas avenidas escuchando el bullicio de la gente.

Por desgracia, ahora solo puedo mirar por la ventana. Mamá no quiere que salga, me dijo que era peligroso para mí. Papá y ella salen todos los días, van al centro a protestar con bocinas y banderas. No entiendo muy bien por qué hacen eso; Papá dice que es su deber, que si queremos que el mundo cambie tenemos que actuar. Recuerdo perfectamente sus palabras: "Tu voz es lo más importante que tienes, con ella siempre podrás hacerte oír y es algo que nadie te podrá quitar. No dejes nunca que nadie te calle."

Pienso mucho en ellos mientras miro por la ventana, no quiero que les pase nada malo. Antes todo era mejor, antes no tenía miedo. Ahora no hay niños jugando por las calles, no hay gente paseando tranquilamente ni turistas felices disfrutando de los paisajes; sino gente gritando sin ser escuchada, gente exigiendo justicia, ondeando sus banderas por un futuro mejor.

Ahora las calles son rojas.

Marisol Martín Guerrero 4ºD



La codicia (Yemen)

Refugiados en una cueva por culpa de la Codicia, vive una familia donde hay dos niños y una madre. El padre está muerto o desaparecido, así que ellos han decidido permanecer a salvo en la cueva, solo salen una vez a la semana a buscar comida para aprovisionarse y sobrevivir en esa situación abrumadora.

La capital del país, los jardines... grandes zonas fueron invadidas por unos monstruos que se apoderan de ellas, llamados la "Codicia". Estos monstruos invaden regiones enteras para satisfacer su hambre y volver al lugar de donde provienen, su objetivo es aniquilar a cualquier ser humano o esclavizarlo, porque las grandes fuentes de energía de la Humanidad les son muy rentables y necesitan apoderarse de ellas. Hasta ahora, cada vez que entran en una región, hay muy poca gente que sobrevive a sus ataques, pero nuestra familia protagonista sí ha sobrevivido y por ellos sabemos la historia de cómo pasó todo.

Al principio todo parecía estar bien: los niños jugaban con la pelota, los abuelos mirando cómo se divierten; la luz del sol era bastante más clara, ninguno ni nadie sabía qué iba a pasar allí, que pasarían de un día tan tranquilo a que estallase la guerra.

El conflicto empezó cuando un día un general llamado Mortis, en Yemen, tomó una decisión que todo el mundo iba a rechazar: apoderarse de toda la energía para así ser un país rico en petróleo. Pero al tomar esta decisión llevó a todos los ciudadanos al caos. Los habitantes de Yemen habían hecho un pacto anteriormente para evitar cualquier conflicto relacionado con el petróleo, pero el General, al tomar esta decisión, no sabía dónde se metía...

Este general en el fondo sabía que lo que hacía no era correcto, así que le dijo a su familia que se refugiase en unas cuevas. No todas



eran seguras, además de que eran muy pequeñas para su comodidad y supervivencia, por eso él les indicó una cueva aislada de la ciudad para que estuvieran a salvo de la Codicia que se aproximaba a ellos muy lentamente. La cueva que Mortis le dio a su familia era donde él se crio, porque su padre antes ya atravesó por una experiencia semejante, pero la diferencia es que su padre, en lugar de apropiarse de todas las fuentes de energía, firmó un pacto de paz contra los monstruos de la Codicia.

Cuando pasó un año después de la decisión del general Mortis, ya los monstruos habían conquistado todo: los jardines, los campos, las ciudades... Todo ya estaba invadido y algunas regiones devastadas por grandes ataques de la Codicia. El Jefe de la Codicia se entrevistó con el general Mortis para saber por qué había tomado esa decisión que rompía con su acuerdo. Mortis les explicó que era por la escasez de petróleo para los automóviles y otras máquinas, pero el Jefe de la Codicia no se creyó ni la primera palabra que dijo y decidió esclavizar al general Mortis y encerrarlo en el Más Allá. Todas las personas que vivían en el país fueron esclavizadas, muchas incluso aniquiladas, pero otros intentaron sobrevivir para enfrentarse a la Codicia. Habían sufrido muchas pérdidas, muchas bajas, muchas muertes... pero siguieron luchando por la libertad de ese país, aunque estuviera al borde del colapso, aquel país que veía la luz con claridad y en el que ahora solo se veía una oscuridad tan abrumadora... Y para ello buscaron ayuda en el exterior.

Dos aliados quisieron ayudarles en el conflicto: EE.UU. y Arabia decidieron enviar refuerzos y ayuda al país de Yemen. Después de mucha sangre y mucha violencia las tropas de EE.UU. y Arabia acabaron ganando la guerra y decidieron poner al mando a un nuevo general llamado Mono, el cual iba a gobernar para el bien del país. Con



el tiempo estos monstruos de la Codicia han ido desapareciendo, pero su jefe dejó un mensaje en el suelo que ponía: "Humanos, volveré".

La guerra ha acabado y parece que todo el mundo está a salvo, pero sigue habiendo casos de Codicia por todo el país. "Tenemos miedo de que se vuelvan a expandir, pero el general Mono hará todo lo posible para ayudarnos. Así que no hay nada de qué preocuparse", dijo en su cueva la familia del general Mortis.

Y esta historia podría terminarse aquí, pero ahí fuera siguen cayendo miles de personas tratando de luchar por su libertad o al menos de recobrar algo de aliento en sus vidas para seguir adelante. El ser humano es un árbol, las generaciones de nuestros antepasados son las raíces, el tronco es la humanidad actual, y las hojas son la sociedad que tenemos. Cada hoja caída es una sociedad que se derrumba, y por ello hay que luchar por la libertad día a día. Si no mejoramos el estado de nuestro árbol, si no le damos vida, las malas hierbas de la Codicia se cebarán en nosotros hasta carcomerlo. El conflicto de Yemen habrá quedado ya marcado para toda la Historia, pero los humanos somos mucho más que eso, nosotros podemos decir que no y acabar con cualquier amenaza.

Alejandro Serrano García 4ºD



Enemigos (China-Taiwán)

Existía un país muy grande llamado China, que se dividió en dos partes: China y otra que se proclamó Taiwán, un estado independiente. En cada una se designó un rey. El rey de China fue Ma Chik, un hombre rudo que vivía en su palacio solitario.

El rey de Taiwán fue Manar. Al rey Manar no le faltaba nada: tenía una familia feliz, hogar, y era muy apreciado por la gente de su país. Sus tierras eran increíblemente hermosas, con numerosos bosques, lagos y tierras fértiles. Allí siempre brillaba el sol. El rey Ma Chik estaba muy celoso del bienestar de Manar y quiso recuperar aquellas tierras que consideraba suyas, ahora pertenecientes a Manar.

Por ello, un día Ma Chik decidió enviar tropas chinas a Taiwán. Tenía planeado matar al hijo de Manar, el joven llamado Boshom, que era el único heredero del trono de Taiwán. Las tropas de Ma Chik entraron a Taiwán, secuestraron y encarcelaron al Príncipe Boshom. El rey Manar, tras descubrir la pérdida de su hijo, recibió una carta de Ma Chik: "He secuestrado a tu hijo. Quiero que me transfieras tu gobierno a cambio. Si no, lo mataré. ¡Quiero que todas las tierras de China vuelvan a pertenecerme!"

El rey Manar estaba aterrorizado y, por el odio que sentía hacia su enemigo, no quiso cederle sus tierras. En cambio, decidió enviar sus tropas a China. Este fue el detonante de la guerra entre los dos reinos. El rey Manar pudo rescatar a su hijo Boshom, engañó a Ma Chik, lo que enfureció al rey chino aún más.

Y ahora, 60 años después, la guerra no se ha detenido. Ninguno de los dos estados ha encontrado una solución al conflicto, aun motivados por el odio. Por esto no podemos saber si algún día la guerra llegará a su fin. La gente de ambos estados tiene una vida muy difícil, pobre e infeliz.

Iryna Zabrodina 4°C



Una nueva vida (Myanmar)

Para entender esta historia debemos trasladarnos a Myanmar, antiguamente llamado Birmania. En este lugar ha habido una guerra civil entre las fuerzas militares y los rohingyá.

Jake es un chico de quince años, alto, delgado, y ahora huérfano. Los padres de Jake llegaron aquí como inmigrantes ilegales. A causa de esto, cuando estalló la guerra civil, los padres de Jake fueron asesinados por el ejército birmano.

Jake tiene una hermana menos de la cual tiene que cuidar. Se llama Julia, ella tiene solo siete años. Jake y su hermana menor viven solos y escondidos en una casa abandonada en Myanmar.

Jake ha estado planeando huir de ahí durante años. El único problema estaba en que su hermana era demasiado pequeña para algo así. Hoy Jake le ha contado el plan de huida a su hermana, y piensan salir por la noche para que el ejército no los mate.

Una vez llegada la media noche, Jake y Julia cogen una mochila con agua y alimentos por si les entra sed o hambre, y un mapa para saber por dónde tienen que ir. Cuando salen de la casa, observan que hay un hombre armado vigilando la zona.

–Sígueme sin hacer ruido y no te detengas –, le dice a su hermana.

Tras alejarse sigilosamente de aquella persona, Jake mira el mapa y comprende que están muy cerca de escapar de aquel tenebroso lugar. Pero cuando ya les falta muy poco, escuchan un grito:

–Alto ahí, no te muevas.

Al oír esto, Julia se pone a llorar, pues ya sabe que los han pillado. Por su parte, Jake no pierde la calma e intenta tranquilizarla:

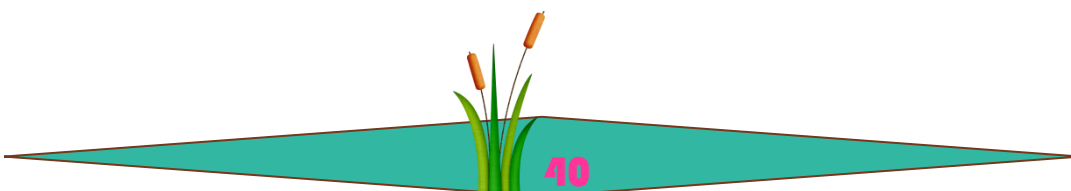
–Escúchame bien, quiero que te escondas y, si oyes un ruido, echa a correr y no te detengas –le dice.



Julia se esconde, mientras su hermano va a hablar con el hombre. Poco tiempo después, se escucha un disparo. Julia ve un cuerpo tirado en el suelo y echa a correr, hasta que una voz la detiene: “¡Espera!”. Jake ha logrado huir y se reúne con su hermana. Le ha disparado a aquella persona.

Los hermanos siguen corriendo hasta el amanecer. Cuando se quieren dar cuenta, ya han escapado de aquel lugar los dos juntos. Ahora pueden vivir su vida sin temor a ser asesinados, y sin que nadie los separe. Jake está feliz porque ha logrado proteger a su hermana pequeña, y Julia está preparada para vivir una nueva vida.

Joan Enrique Quiñónez Daza 4ºB



Sensación elástica (Ucrania)

Dos niños de 14 años llamados Alex y Simón se conocieron durante las protestas de Crimea. Pasado el tiempo, seguían manteniendo su amistad. Ellos dos tenían cosas en común: les gustaba jugar al ajedrez, los deportes etc. La familia de Simón tenía dinero, ya que sus abuelos tenían tierras y varias empresas. La de Alex era al contrario: sus padres trabajan en el campo y no tenían estudios. A Simón no le importaba eso.

Una tarde en que habían quedado, contemplando una bandada de flamencos que sobrevolaba las pistas donde jugaban, Simón tuvo la idea de invitar a su amigo a su casa. A Alex le encantaba ir, Simón tenía un montón de juguetes, incluso una pista de tenis en su urbanización, pero la madre de Simón no estuvo de acuerdo con su visita.

Pasaron los días desde su última quedada. Simón estaba raro. Alex extrañaba a su amigo, y además tenía ganas de jugar en las pistas. Simón estuvo `desaparecido´ porque su madre le había castigado, ya que no le gustaba que Alex viniera a su casa porque era pobre. Los dos chicos perdieron confianza. Aun así, un día normal Alex salió a dar una vuelta por el barrio y se le ocurrió ir a visitarlo. Tocó el timbre y Simón le abrió la puerta.

–¡Hola, Alex!

–¿Te vienes a las pistas?

–Vale, un minuto –accedió Simón.

Después de jugar un rato, estaba ya anocheciendo y tenían mucha sed, de modo que se fueron a casa de Simón. Al subir a casa, tomaron un vaso de agua en la cocina y luego fueron directo a la habitación. De repente, la madre le gritó que a Simón que bajara, y él le pidió a su amigo que esperara un momento. Por curiosidad, Alex fue a escuchar:



–¡No me gusta que venga él aquí! –le decía su madre. Y Simón suspiró con cara triste.

Alex no se lo esperaba. Pero, cuando subió, Simón fingió estar bien. A Alex se le puso tan mal cuerpo que decidió irse. Les contó a sus padres lo que había escuchado, derramando lágrimas. Desde ese momento, los padres no le dejaban juntarse con Simón. Cada vez era más incómodo verse, ya que Simón no sabía que había escuchado la conversación con su madre. Un día que se vieron en el patio de instituto le preguntó:

–¿Es verdad lo que dijo tu madre?

–¿Qué? –quiso disimular Simón.

–¿Verdad? –insistió él.

–¿Lo escuchaste? –tuvo que admitir finalmente–. Siento que lo escucharas, no hagas caso a mi madre, es así.

Alex se alejó sin decir nada.

–¡Espera, no te vayas! –le gritó Simón. Pero Alex había decidido no verlo más, aunque sabía que él no tenía la culpa, que era la madre.

Poco a poco la vida de Alex fue mejorando. Su madre consiguió trabajo y a su padre le llamaron para trabajar en otro país con un sueldo de dos mil euros. Alex cambió e hizo nuevos amigos.

Un día cualquiera, Alex iba andando cerca de un supermercado y se encontró a Simón. Se saludaron. La madre de Simón se sorprendió, pero Alex bajó la cabeza y siguió hacia adelante. Simón le escribió a Alex para que fuera a su casa, pero él no quiso. Alex no olvidará a Simón: él fue un amigo bueno. El problema era su madre, pero él no quería verse de nuevo en aquella situación.

Cada uno siguió su vida por separado.

Victoria Kryutchenkova 4ºD



Eso cambió la vida de muchos (Kurdistán)

Hace un mes conocí a una mujer llamada Ayla, de aspecto oriental. Yo paseaba con mi hermana ese día, a petición de mi madre, y nos sentamos. Ella vino a nuestro banco. Me gustó mucho la chaqueta de su hija, era muy inusual y con patrones bonitos, me interesaba saber de dónde venía la chaqueta, así que decidí hablar con ella.

Ayla resultó ser una persona muy locuaz y sociable, así que estuvimos hablando durante una hora. Me enteré de que la chaqueta de su hija, que se llamaba Lale, había sido comprada en su país de origen, Turquía, y me dijo por qué se había mudado a España hace cinco años:

"El 25 de abril de 2010, la autoridad turca envió soldados a la región kurda para eliminar el terrorismo en el Kurdistán, pero el único verdadero objetivo del Estado turco es exterminar a la población kurda.

Esta noche viajaron un centenar de soldados turcos armados con refuerzos de pilotos. Para proteger a la población kurda, el jefe del operativo instó a todos los jóvenes de 16 a 30 años de edad a que reunieran unos 300 voluntarios. Ninguna madre quería dejar a su hijo, porque todo el mundo sabía que sólo iban a morir.

Esta noche ha sido muy dura, nadie ha dormido esta noche. No sólo los voluntarios que protegían a sus familias resultaron heridos y muertos, sino también las familias que vivían en la zona que el Estado turco pretendía eliminar. Después de este acontecimiento, que se produjo por primera vez, Enapise, una madre que había perdido a su hijo, pidió ayuda en las redes sociales, en un pequeño post sobre la situación en su país y región. Este post se ha difundido por Internet y muchas personas, incluidos turcos, han conocido la situación.

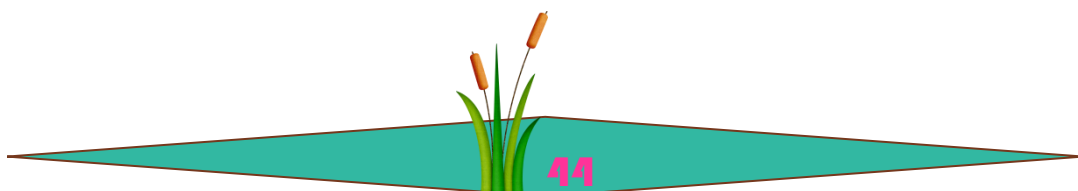
Desde entonces, la mitad del pueblo turco se ha rebelado contra el Estado. Y así comenzó la Guerra Civil, el Estado reprime a toda la gente que está en contra de estas intervenciones militares".



Todo esto me lo contó Ayla. Al principio no me lo creí, pero cuando volvimos a casa después del paseo y decidí comprobar esa información en Internet, desafortunadamente encontré que todo era cierto, pero afortunadamente el conflicto se ha ido apagando en Turquía.

Екатерина Ивашкина

Ekaterina Ivashkina 4°C



Algo distinto (Iraq)

Unos meses después del terrible conflicto de Iraq, empezaron a retornar muchísimas especies de aves a aquellos paisajes, y empezaron a reproducirse.

En el mes de mayo nació **Ciro**, un pequeño y hermoso flamenquito. Toda la familia del pequeño se alegró y festejó la llegada del primer hijo de **Aura** y **Nei**. Después de eclosionar su huevo, la madre notó que su cría era algo distinta a las demás, como si le faltase algo. Efectivamente, el polluelo tan deseado y esperado por la familia tenía una malformación: le faltaba una pata.

Por otro lado, en un campamento había un caso bastante similar, pero esta vez se trataba de un niño, **Ali**. Este pobre niño de tan solo diez años se había quedado sin pierna y huérfano por culpa de la guerra. Un día, **Ali** se despertó y decidió dar un paseo en su silla de ruedas, acompañado de una mujer que ayudaba a los refugiados. Tomaron rumbo hacia el lago **Tharthar**, un lugar precioso y lleno de aves. El muchacho, emocionado, se sorprendió al ver un flamenco casi en su misma situación.

–¡Yasmin, ese flamenco se parece a mí! –exclamó.

–¿Ves, **Ali**? Hasta lo más hermoso puede tener sus defectos –le confirmó su acompañante.

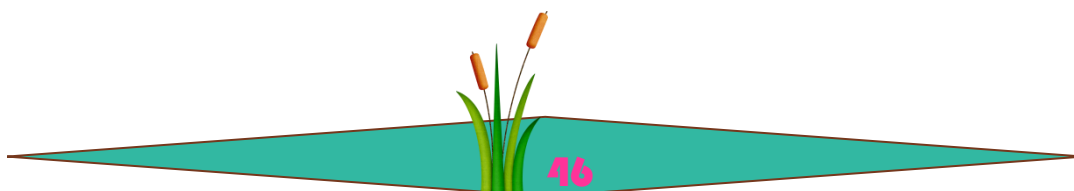
–¡Mira, se está acercando hacia nosotros, aunque con dificultad!

Ciro estaba muy acomplejado por su desgracia, todos los flamencos se burlaban de él por ser diferente, hasta que vio a aquel niño. La pequeña ave no se lo podía creer: ¡él no era el único!



El chico cogió al flamenco y lo abrazó fuertemente. Por primera vez en su vida no se sentía solo. Se encariñó mucho de Ciro y decidió ir cada día a saludarlo al lago para sentirse un poco mejor. Los padres del flamenco se pusieron muy contentos porque hacía tiempo que no veían a su hijo tan feliz, y menos al lado de un ser humano. Desde que Ali visita todos los días a Ciro, con el amor con que le trata el muchacho, la pequeña ave ya no tiene complejo, y ha demostrado a los flamencos que se burlaban de él que ser algo distinto no implica que seas inferior a los demás.

Sofia Krungleviciute 4ºD



La desaparición (Siria)

Desde hace algunos años, en Siria no abunda la paz debido a los conflictos y las guerras. Muchos niños, en este periodo de tiempo, han dejado de ir al colegio, han tenido que abandonar a sus familias, o simplemente, han desaparecido por completo.

La familia de Sara, antes de la guerra, eran unas personas humildes, se llevaban muy bien con los vecinos y eran queridos. Ali, el hermano de Sara, estaba a punto de terminar sus estudios e iba a empezar a trabajar en dos meses para ayudar a sus padres en la casa, era muy buen hijo, hermano y amigo. Y la pequeña Sara era una chica muy extrovertida, le encantaba jugar con sus amigas y estaba a punto de cumplir 8 años. Los padres de Sara y Ali, Moha y Fátima, trabajaban en una pequeña tienda que estaba unida a su casa, donde vendían productos de alimentación básica.

Sara salió una mañana a jugar con sus amigas al descampado, como habitualmente solía hacer, cuando de repente, vieron pasar a un gran número de personas manifestándose. Algunas de las personas de la manifestación llevaban armas, y al ver eso, Sara decidió atravesar la manifestación para volver a casa. Sara, con cuidado, iba cruzando entre la multitud, cuando por su espalda notó que la cogían de la camiseta hacia atrás. Ella intentó soltarse y salir corriendo, pero un hombre la apuntó con un arma y la obligó a no resistirse. Caminaron unos cinco minutos con el grupo de manifestantes, cuando de repente, uno de los dos hombres dijo: "Vamos." Los hombres cogieron a Sara bruscamente y la obligaron a salir de la manifestación y subir a una furgoneta, en cuyo interior había dos hombres más con la cara tapada. La subieron forzosamente y le pusieron una bolsa oscura en la cabeza.

Transcurrieron por lo menos dos horas desde que Sara había subido a esa furgoneta. No sabía dónde estaba, ni quiénes eran esos hombres tan extraños y armados. Cuando pararon el vehículo, la



sacaron de la furgoneta y notó que el suelo era arenoso, como si estuviese en medio del campo. Después la hicieron entrar a un lugar (una casa parecía), pero al quitarle la bolsa de la cabeza y observar su alrededor, vio que estaba en peligro. Los familiares de Sara intentaron buscarla, pero tuvieron que darla por perdida, ya que, una semana después de su desaparición, comenzó una guerra civil en el país.

Fue pasando el tiempo. Tenían a Sara presa en ese horrible lugar en el que la trataban mal y la utilizaban para hacerle cosas que mejor ni nombrar. Cuatro años después de aquella mañana, Ali, quien no había parado de luchar por encontrar algo de su hermana, llegó a un lugar en medio de un campo, donde había una extraña estructura un poco fortificada y huellas de neumáticos. Ali, con la esperanza de encontrar a su hermana, esperó horas y horas a que alguien apareciese. Cuando anocheció, vio llegar una furgoneta y a dos hombres. Al bajar de esta, los hombres no iban armados, pero, por suerte, Ali sí que lo iba. Obligó a los hombres, quienes se resistían, a abrir la puerta de la extraña estructura. Que abriesen la puerta o los mataría. Los hombres, asustados, accedieron. Al abrir la puerta, Ali pudo ver a una chica muy delgada y en muy malas condiciones allí atada. Cuando la chica levantó la mirada, Ali pudo reconocer que eran los mismos ojos de su hermana. “¿Sara?”, dijo Ali. Sara comenzó a llorar porque por fin volvió a ver a su hermano mayor, quien por luchar día y noche, acabó encontrando lo que tanto tiempo llevaba buscando. Ali obligó a los hombres a desatar a Sara. Después, Sara salió de ese horrible lugar, y Ali le contó todo lo que estaba pasando en el país. Ella quedó sobrecogida, porque no imaginaba que aquellas manifestaciones pudiesen ser el origen de algo tan serio.

Iban a ser muchas horas caminando, con grandes peligros alrededor, para poder reencontrarse con sus padres. Pero al final lo logró. Cuatro años después de su desaparición, Sara volvió a casa. Al



ver a sus padres, cayó al suelo con lágrimas en la cara de felicidad por volver a casa. Sus padres, que la daban por perdida, quedaron conmovidos y atónitos al ver que estaba de nuevo allí, en casa. Por fin volvían a ser una familia, pero una familia que tendría que luchar por sobrevivir por las condiciones que la guerra estaba dejando.

María Moreno Aldeguer 4ºD



El camino optimista de María (Ucrania)

Es un frío día del cinco de enero de 2016. En Poltava, Ucrania, vive una chica cuyo nombre es María. El país lleva sufriendo desde hace un año y medio una terrible guerra civil, provocada porque una parte de la población quería formar parte de la Unión Europea y otra parte no. La guerra civil desencadenada fue tan fuerte que el país quedó destrozado, murieron miles de personas, y ahora está todo en ruinas, es un paisaje postapocalíptico.

María este día decide ir al bosque más cercano de Poltava, porque se está quedando sin provisiones, necesita alimentos y sobre todo agua potable. Prepara su equipaje para el viaje: una cantimplora, un saco de dormir, un cuchillo, una tienda de mochila... y todo lo que puede llevar en su mochila. Una vez preparada, emprende su largo viaje. El bosque es enorme y muy bello. Oye los hermosos cantos de las aves y contempla la espesura tan verde, donde el sol da casi todo el día. En mitad del bosque, María encuentra una bolsa llena de comida. "Necesitaba esta bolsa, llevo días sin comer nada", se dice, y sin pensarlo dos veces se la lleva consigo. Más adelante, después de horas y horas caminando, encuentra un río. Es un río enorme, cuya agua está súper limpia, cristalina, con grandes y enormes peces de agua dulce. María decide beber del río, piensa que no habrá ningún problema, y así, mientras disfruta de la agradable agua se dice de nuevo: "Quizás necesite llenar la cantimplora de esta agua, hacía años que no veía un agua tan limpia. Pero debo seguir para ver si encuentro gente, llevo un año sin ver a nadie, espero encontrar a alguien". Y así, se adentra aun más en el bosque. A varios kilómetros del río, pero sin ningún tipo de conexión con este, encuentra un lago sucio, asqueroso, de un color grisáceo, obviamente contaminado. "Lo mejor será no acercarme al lago, podría contraer alguna enfermedad", piensa en esta ocasión María.



Por fortuna, al anochecer, María encuentra una cabaña de madera, y decide pasar la noche ahí. Eso fue una gran idea, ya que durante la noche hubo una gran tormenta. Pero al día siguiente, María sale de la cabaña y sigue su camino.

Días después de caminar y caminar sin parar, María encuentra un gran muro cerca de Donetsk. El muro es enorme, de pura piedra, está algo limpio, y mientras lo contempla, María se dice: “La bolsa que me encontré podría ser una señal de que sigue habiendo gente. Tengo que averiguarlo detrás del muro.” Tras explorarlo detenidamente, María encuentra un pequeño agujero por donde pasar al otro lado del muro. Allí encuentra un gran pueblo lleno de personas, cientos de personas, y grandes cultivos. “¡No me lo puedo creer, por fin encontré a alguien, por fin seré feliz!”, suelta un llanto de felicidad.

María ha decidido quedarse. Aquella gente la acoge con mucha amabilidad y empatía, y desde ahora se quedará en ese pueblo magnífico para el resto de su vida.

Laurentiu Totoiu Gafita 4ºE



EL SALAR (AMÉRICA)

Vengo de los salares de la puna, de la laguna Antofalla. Un día comenzó a sentirse un rumor lejano de máquinas que provenía de la vecina Jujuy. Con el tiempo, iba oyéndose cada vez más cerca, hasta convertirse en un estruendo sin interrupción. Mi colonia parecía haber ensordecido, permanecían impasibles, sonámbulos, pero yo me sentía enloquecer y decidí buscar un lugar mejor para vivir.

Quise probar suerte en los llanos de Moxos, de cuya hospitalidad había oído hablar a nuestros parientes que llegaban del norte. Allí encontré una multitud enajenada de variadas especies, hacinados de manera espantosa unos sobre otros. Pregunté quiénes eran, cómo habían llegado a aquel lugar, pero solo contestaban en un croreo mecánico: “Se comieron a Uyuni, se comieron a Uyuni...” Salí de aquel escenario de locos.

Descendí el Mamoré hasta llegar al río Madeira, y siguiendo su curso me adentré en la región del Amazonas. En tanta inmensidad hallaría algún rincón de paz para mí. De vez en cuando me cruzaba con algún otro prófugo solitario y me contaba su historia: “Se comieron a Malinowski, se comieron a Sambingo, se comieron a Canaima, se comieron a Inírida, se comieron a Roraima...” Siempre era la misma angustiada historia.

El idílico Amazonas parecía plagado de insaciables monstruos sin juicio. Por las noches, entre los innumerables sonidos de la selva, se distinguía el llanto de unos hombres puros, y eso me resultaba aun más aterrador. Marqué un rumbo fijo hacia el norte, hasta salir de aquel laberinto siniestro.

Sobrevolé los nevados y ante mí se abrió el Maracaibo. El clima era cálido, pero los habitantes del lago me recibieron con frialdad. Aun



así, decidí quedarme para recuperar fuerzas. En esos días conocí a un viejo fueguino que tomó por costumbre aturdirme con una cháchara continua. Le consentía, porque con ello me ayudaba a pensar en otras cosas, y acabé por tomarle afecto: *¿Viste, pibe? Allá en la loma del orto donde nació este viejo siempre andábamos helados... Pibe, no me digás que no leíste al grande de Borges... ¡Qué bárbaro! ¡Pero si vos tenés en la pupila el aleph de Borges...! ¡Ey, pibe, te metiste en un balurdo re piola...* Pero un día el viejo fueguino se fue apagando, hasta dejarme solo de nuevo entre aquella multitud desafecta.

Al fin tomé la determinación de dar el salto. Lo llamaban “el charco”, qué gracia. Bordeé el continente, por Paramaribo hasta Cayena, y desde allí me lancé a un vuelo de cuatro semanas. Recalé en unas islas que llaman “afortunadas”, pasé a este continente de dimensiones más amables, descarté las primeras marismas, que se me antojaron superfluas, y me acerqué a un fatigado mar interior. Muy cerca de la costa, una pequeña laguna rosada me hizo sentir en paz por primera vez en mucho tiempo. Por eso sigo aquí, aunque de vez en cuando caigo en el vértigo del *aleph* al mirarme en los ojos de los recién llegados.



Se la comieron, pero ¿quién era Uyuni?



La complejidad de tener un amigo.

Alicia Vicens Cantó.

Diciembre de 2020.



La gran pérdida (Bolivia)

Había una familia que vivía en Cochabamba y eran felices. Tenían dos hijos, a los cuales decidieron llamar Marcos y Juan. Marcos era el niño más pequeño de la familia, pues tenía siete años, era rubio con los ojos marrones y le gustaba mucho estar con sus amigos y jugar con el agua. Su hermano Juan tenía diez años, era más inteligente que Marcos pero a la vez era el que más broncas se llevaba de sus padres, tenía los ojos azul claro y era moreno.

Marcos y Juan cada día jugaban con agua, la malgastaban, y sus padres siempre les decían: “¡Hijos, no desperdiciéis agua, porque vuestro padre y yo la tenemos que pagar!” A lo que ellos les contestaban: “Da igual, queremos seguir jugando”. Su madre se cansó y les dijo: “Id a la habitación y os quedáis un día entero estudiando y sin poder jugar”.



Ellos finalmente obedecieron. Fue la hora de la comida y Marcos le preguntó a su madre si él y su hermano podrían divertirse fuera, a lo que su madre les dijo que no, porque aun no se le había pasado el enfado. Tras varios días, Marcos y Juan abrieron un grifo del aseo y vieron que no salía agua, ellos se asustaron porque no querían que sus padres se enterasen. Después de veinte minutos, sus padres fueron a ver qué hacían tanto tiempo en el baño. Sus hijos les dijeron la verdad: no tenían agua. Entonces pensaron que solo les pasaba a ellos por estar tanto tiempo con el agua. Llamaron a su vecina y ella les dijo que a ella tampoco le salía mucha agua; llamaron también a su otra vecina del edificio y la respuesta fue la misma. Ahí entendieron que no eran los únicos que no tenían, al contrario, pronto supieron que el Gobierno había vendido a una compañía extranjera el derecho de explotación del agua, por lo que ya no podrían acceder libremente a este bien tan necesario. Entonces empezó la guerra del agua.

Estuvieron varios años con muy poca agua, los niños ya no podían jugar con ella, así que decidieron estudiar casi todo el día y salir con sus amigos de vez en cuando. Sus notas mejoraron y su madre estaba muy contenta pensando que había algo bueno detrás de todo esto. Pero tuvieron que emigrar a otro sitio para poder tener agua: decidieron irse a Arani, una ciudad muy limpia, allí respetaban el agua y no la malgastaban. Los niños les dijeron a sus padres que no iban a desperdiciar más agua, ya que eran conscientes de todo lo que les había tenido que afectar.

Marcos y Juan tuvieron que afrontar el no poder ver a sus amigos de siempre ni estar en el colegio donde pasaron toda su infancia. Hicieron amigos muy fácil, ya que eran extrovertidos. Tampoco tuvieron ningún problema en ayudar a sus padres cada vez que pudiesen (barrer, fregar, lavar los platos, ayudar a la compra del supermercado...). Su madre vio un gran cambio en ellos y les prometió que cuando pudiesen iban a volver a Cochabamba.



Cuatro años más tarde, cuando ya hubo acabado la guerra del agua en Cochabamba, pudieron regresar a su casa. Marcos y Juan ya habían crecido, tenían once y catorce años. Entonces Marcos le dijo a su madre estas palabras:

–Prométenos que no volveremos a irnos de este sitio, afrontaremos todos los problemas que vengan, pero nunca nos distanciaremos tantos años de nuestros verdaderos amigos.

Entonces su madre les dijo:

–Así es la vida, vosotros erais pequeños y no erais conscientes del daño que puede producir no tener algo necesario. Muchas familias lo pasan mal día tras día, por suerte nosotros tenemos la oportunidad de tener agua todos los días, si no la desperdiciáis más no tendremos que recurrir a la situación que pasamos años anteriores.

Entonces, finalmente, ¿estarán toda su vida en Cochabamba? ¿Habrá más guerras de agua?

Lucía Quesada Vidal 4ºD



Migración (Amazonas)

Al llegar, las montañas blancas ya estaban algo crecidas. El extraño ser que se tragaba el barro para escupirlo después se movía despacio por todos los rincones de la laguna, y el agua volvía a tener un ligero color rosa, como el de antes de las lluvias que llenaron el gran charco de escorrentías. Pero ni rastro de los islotes que al partir dejaron, ni de los nidos vacíos ya al final del verano, ni de las parejas que se unieron la pasada primavera. La actividad de los hombres había vuelto para quedarse, otra vez.

Ante el desconcierto de los jóvenes, incapaces de reconocer el lugar donde habían nacido el año anterior, los viejos flamencos solitarios tomaron la decisión adecuada. Sabían de otras lagunas, de otras montañas blancas un poco más al norte, de otros charcos más tranquilos sin tantas casas alrededor, sin tantos humanos yendo y viniendo por todas partes. No era tiempo de inconformismo ni de lamentos. Solo había que volar y encontrar otro lugar. Antaño señores de la laguna, tenían que seguir volando.

La vida se había vuelto muy difícil, sí. Pero no todo estaba perdido. Sabían de otros mundos, de otras tierras lejanas allende la mar que no tiene fin, donde hermanos de aires y tierras, donde los seres del agua y las selvas, estaban siendo aniquilados, arrasados, exterminados. Un exterminio inexplicable y atroz del que no escapan ni las nubes, ni las lluvias, ni los arroyos que saltan por las laderas, ni los árboles inmensos, ni los humanos, ni las plantas, ni las piedras. Y se cuentan mil historias que nunca son diferentes, aunque muchas más hubiera. Historias de muerte viva que comienzan con humanos y con humanos terminan. Y terminan con los bosques, y terminan con la vida.

Los viejos flamencos hablan y, mientras siguen volando, a los más jóvenes cuentan la destrucción y el ocaso de los seres que habitan



donde se muestran todos los verdes del mundo. Donde viven los tucanes, colibrís y guacamayos. Relatan cómo de repente llegan los humanos con monstruos de largos brazos y dientes finos y afilados. Cómo sobre sus espaldas cargan los troncos de los árboles más altos. Les hablan de cómo dejan la tierra pelada para seguir excavando y ha de huir todo el que puede, corra, vuele o por el suelo se vaya arrastrando. Ni a otros humanos respetan, también los siguen matando.

Aquello pasaba lejos, ellos son afortunados. Solo tienen que buscar un lago bien soleado y mejor provisto de algas y de crustáceos. Los más jóvenes preguntan. No creen que eso sea verdad. Estarán exagerando. Mientras, van dejando atrás los pinos de terciopelo y las dunas del Moncayo. Y es el flamenco más viejo, el que avanza renqueando porque se enganchó un mal día en esa especie de hilo que va los cielos surcando, el que les cuenta la historia del último espíritu humano que vivió en el Amazonas, como sus antepasados. El último que vivió libre y al que no domesticaron en esos lugares sucios llenos de gente y de asco, éstos que llaman ciudades y son termiteros grises llenos de humos y asfaltos.

Era un hombre namwiquwara, los que hablaban con los pájaros. Humanos sabios que un día hubieron de levantar su poblado y abandonar el mundo que conocían, dejando atrás a sus ancestros, sus almas y su legado. Dejaron atrás sus vidas por un presente inhumano. Los obligaron los de piel blanca con papeles en la mano y armas de fuego en el cinturón. Antes habían ido a por los tupikawaib, a por los iwaikunas, a por los cacataibo, los matsigenkas, los kwaiturí. Todos habían tenido que marcharse y sus tierras habían sido deshechas, agujereadas, removidas, desmanteladas a golpes de pico y pala. A golpes muerta.

Iguainambé, el que escucha la canción del agua, quiso permanecer donde había nacido. En la espesura verde donde hombres y mujeres son los hermanos del aire, del arroyo, de plantas y de animales.



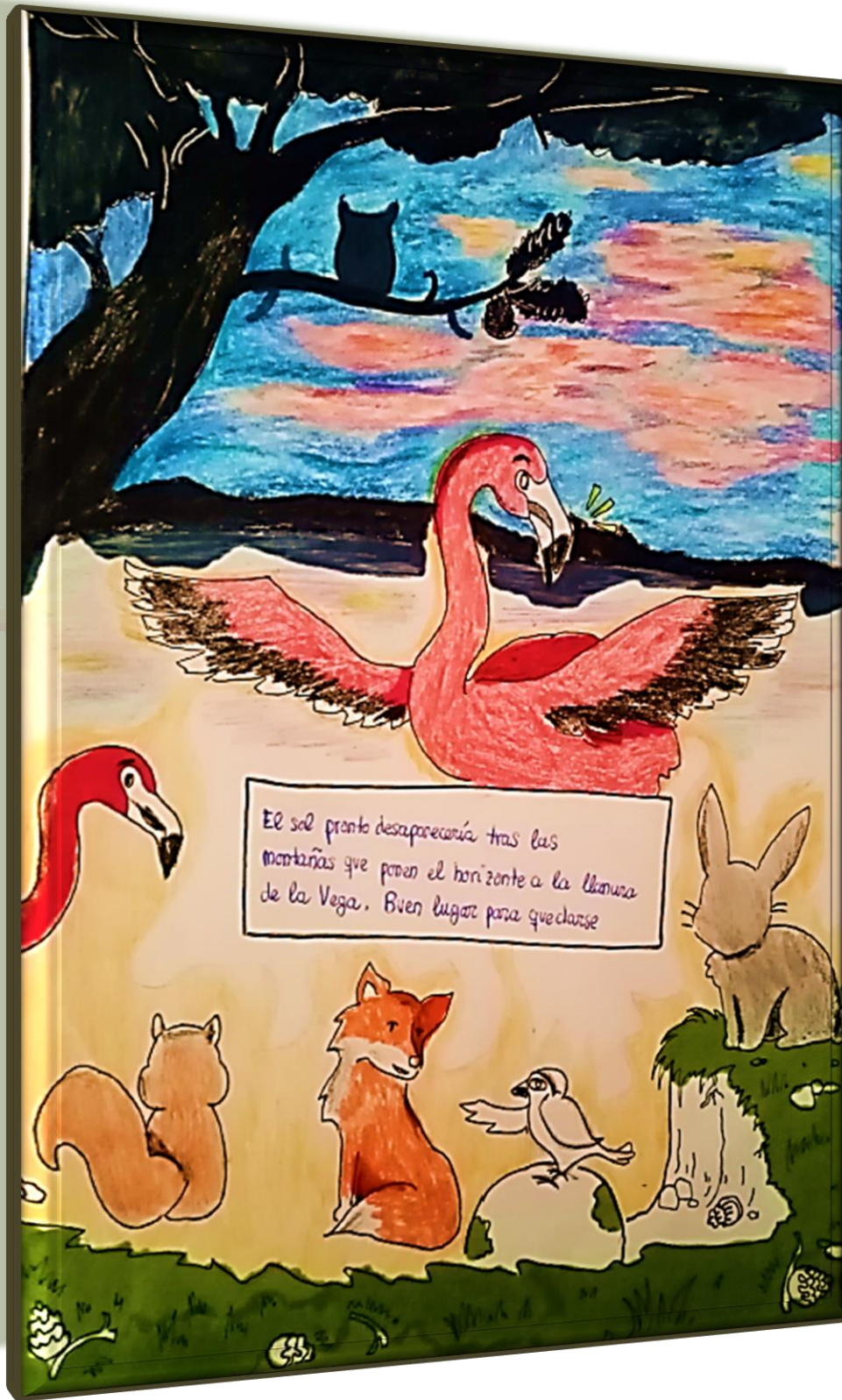
Los demás marcharon. Se quitaron las plumas de camungo y las pinturas que hablaban en sus cuerpos con el rojo o con el negro y vistieron las ropas de los blancos para malvivir allá donde los blancos querían ponerlos.

Las ropas fueron solo el principio. Algunos pensaron que algo podría hacerse para recuperar las lluvias del bosque, las tardes de cuentos en la casa de los ancianos, la aldea... Intentaron adaptarse a las costumbres de los blancos, a su lengua, a sus casas, sus trabajos y a sus espejos donde todo se ve aunque nada hay. En la selva el tiempo pasaba en la piel de los mayores, en la estatura de los pequeños. Lo demás era la noche con sus lunas, el encendido del fuego, la caza del tapir, la recogida de la mandioca, la pesca en el gran río negro.

Iguainambé no renunció a nada de eso. Hasta que los monstruos que se comen la selva acorralaron su último refugio, y comenzó el acoso que solo terminaría con su último aliento. El que escucha la canción del agua consiguió sin embargo cerrar sus ojos en el mismo lugar donde los había abierto. Aunque ya no hubiera nada. Nada. Tendido desnudo sobre la tierra desierta escucha las voces del grupo, el goteo permanente de la lluvia sobre las hojas frescas, el canto de los pájaros con la primera luz de la mañana. Su madre le sonrío y le coge la mano con fuerza para cargarlo a la espalda mientras recoge la fruta, y le enseña que lo que muere no es otra cosa que la vida.

Vuelan bajo ahora los flamencos sobre las aguas del humedal que se extiende entre las playas largas de gente y arena y los huertos de granados y limoneros. Las matas de salicornia y albardín estaban ya a rebosar de nidos de chorrilitejos, correlimos y avocetas. Y clavados en las aguas rosáceas de salmuera, decenas de flamencos se alimentaban tranquilos. El sol pronto desaparecería tras las montañas que ponen el horizonte a la llanura de la Vega. Buen lugar para quedarse. Eso dijeron los viejos.





Carlos Pamies Moreno 4ºD



Será el amor (Colombia)

Nos encontrábamos en mitad de la selva, a un par de kilómetros del campamento. La humedad era agobiante y el acoso de los mosquitos que no paraban de llegar podía irritar al más tranquilo.

–¿Podría tomar un poco de agua? –pregunté.

–Se ha bebido usted la mitad de un botellón el día de ayer. Necesitamos ahorrar suministros –respondió.

Llevábamos dos días recorriendo aquel bosque selvático. Sin embargo, tenía impuesta en mí la sensación de que llevaba más tiempo privada de mi libertad.

–¿Al menos podría explicarme el motivo de mi secuestro? –cuestioné.

Aquel joven, cuyo encargo habría sido el de despojar todo rastro de autonomía que en mí hubiera como persona, reflejaba un espíritu guerrero, mas su rostro era el recuerdo perpetuo de su pasado. No tendría más de veinticinco años.

–Escuche, señorita –me reprendió–, el motivo de su resguardo aquí no es más que una forma de expresar nuestra lucha, y si se comporta saldrá de aquí antes de que se dé cuenta.

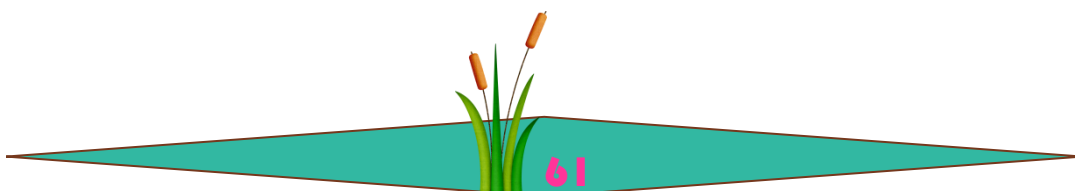
Miré al cielo, perpleja ante su respuesta, intentando vislumbrar el hilo que conectaba todos los hechos recientes.

–Es por mi padre, ¿no es así? –interrogué–. La profesión y los ideales de mi padre son lo que me ha traído aquí.

El joven se detuvo, intentando encontrar las palabras para responder.

–El senador Pizarro no pinta nada en este asunto–. Soltó al aire y continuó su caminar a paso rápido.

Guillermo Pizarro, el hombre que me había criado durante mis diecisiete años de vida, era un político de tendencia conservadora, que



consideraba a los grupos subversivos de nuestro país como vil escoria. Solía discutir bastante con él por mis pensamientos liberales.

La noche cayó y mi joven captor decidió que acampáramos bajo un árbol. Entre sueños, seguía preguntándome el motivo de mi estada en aquel ecosistema salvaje. ¿A qué nivel puede llegar la violencia, como para despojar de la libertad a personas que nada tienen que ver con el conflicto?, me cuestionaba entre sueños.

Y, de repente, el estruendoso sonido de una ráfaga ensordecedora terminó abruptamente con mi cuestionamiento moral. Era un pelotón del ejército, enviado en mi rescate, o eso era lo que alegaban. Mi joven captor se levantó de inmediato y, asumiendo su situación, soltó un par de lágrimas y se rindió.

–Se ha rendido, es suficiente –vociferé al comandante de la operación.

El militar, sediento en sus ansias de mostrar resultados, hizo caso omiso a mis plegarias y, convencido, arremetió en forma de plomo contra el muchacho.

Me dejé tumbar sobre el suelo, con la mirada en el cielo, reflejando en mis ojos como si una parte de mí, la parte que abogaba por el derecho a la lucha pacífica y la resolución de conflictos sin violencia, hubiera muerto con aquel chico, de cuyo nombre ni siquiera me había enterado.

Los militares me entregaron, aun en *shock*, a mi padre, confusa y sin energías.

–Hija mía, mi Dios padre ha mostrado piedad ante mis oraciones y te ha devuelto a mí sana y salva –dijo él.

No escuchaba, ni siquiera prestaba la más mínima atención a su discurso, pero mi respuesta ya estaba articulada en mí:

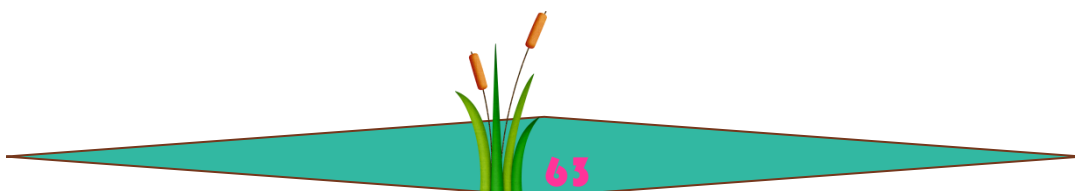
–Querido padre, he decidido optar por tus consejos y seguir tus pasos en la política –respondí de forma estoica.

–Me honras, princesa mía –continuó –, y supongo que el acto que ha motivado tu decisión ha sido tu vil secuestro, las guerrillas pagarán lo que nos hicieron, el pueblo colombiano levantará su voz y...



–No, padre –lo interrumpí–. Hemos postergado una guerra ridícula solo por no aceptar los pensamientos distintos y querer someter al resto a pensar como nosotros. ¿Cuánta sangre más? ¿Cuánta miseria? ¿Cuántas víctimas? No, padre, definitivamente mi forma de hacer política discrepará de la tuya, porque lo que detendrá este conflicto de más de sesenta años no será el plomo mortal. Será el amor.

Juan Manuel Guerrero Rodríguez 4ºD



Amanecer en la frontera (México-EEUU)

Era una mañana especial del instituto *The Sagemont School* en Estados Unidos. Hoy venía una estudiante de intercambio a clase de Noah Centineo, el alumno más popular del instituto. La chica de intercambio se llamaba María Santos, venía de un instituto de México. Noah tenía que hacerle un *tour* por la escuela, porque él es presidente del consejo estudiantil. María estaba nerviosa y emocionada porque iba a conocer su nuevo instituto, en el que iba estar de intercambio por cuatro meses.

Noah y María ya estaban juntos viendo las instalaciones del instituto. Noah estaba un poco tímido con ella, porque María es súper hermosa, tiene el pelo largo y de color negro, es esbelta, tiene las mejillas rojas. María también se veía muy nerviosa porque Noah era el chico más guapo del Instituto. Noah le preguntó a María:

–¿Quieres comer conmigo y mis amigos a la hora del recreo?

–Me haría ilusión comer con vosotros, así no estaría tan sola –le respondió María.

–¡Perfecto! Después nos vemos, que tengo entrenamiento... –resolvió Noah.

María estaba muy feliz porque el chico más guapo del Instituto le había pedido comer con ella, así que se fue con una sonrisa de oreja a oreja a clase de Matemáticas.

Llegó la hora de comer, María le esperó en los bancos del picnic de la inmensa cantina. En el Instituto de México de donde viene María no había cantinas tan grandes, ni siquiera había un banco para sentarse. Noah se dirigió a María y le dijo: “¡Vamos a sentarnos!”. Noah presentó a todos sus amigos a María, los amigos de Noah eran súper simpáticos, se portaron muy bien con ella. María se sentía muy cómoda ese día.

A lo largo de los días todo fue aun mejor. Noah y María cada vez estaban más enamorados el uno del otro, Noah decidió dar el salto para



tener algo más que una amistad. Noah la llevó a un lago precioso, si te fijabas se veían las luces de México a lo lejos, a María le encantó ese detalle. Hicieron un picnic con patatas, chuches, bebidas...etc., y Noah le regaló un colgante hermoso: era como una cadena de perlas blancas. María estaba sonrojada, nunca le habían hecho un detalle tan significativo para ella. Entonces, Noah y María se dieron su primer beso, debajo de la Luna llena.

Los días fueron pasando y todo iba súper bien entre Noah y María, pero... había un gran problema: María dentro de dos días tenía que regresar a México, habían pasado ya sus días de intercambio. Y ello implicaba otro gran problema: entre México y Estados Unidos habría una gran frontera que los separaría y eso significaba que no podrían verse fácilmente.

Llegó el día en el que María y Noah se despedían el uno del otro. Noah con los ojos llorosos le dijo a María:

- No pararé hasta verte otra vez.
- No dejes de buscarme –le rogó María.
- NUNCA –confirmaron ambos al unísono.

Y María cruzó esa gran frontera dejando al amor de su vida atrás.

DIEZ AÑOS DESPUÉS...

Noah había terminado su carrera de arquitecto y María había empezado a trabajar como secretaria de una gran empresa.

La empresa donde Noah trabajaba emprendió un proyecto de colaboración con otra gran empresa de México. Ambos equipos tenían una reunión importante en el país latino, pero Noah se entretuvo haciendo su equipaje, se distraía pensando a cada dos por tres en la remota posibilidad de un encuentro.... Cuando se dio cuenta de la hora que era, salió corriendo, todavía mal vestido, sin peinar... Había perdido su vuelo, así que tuvo que esperar al siguiente.

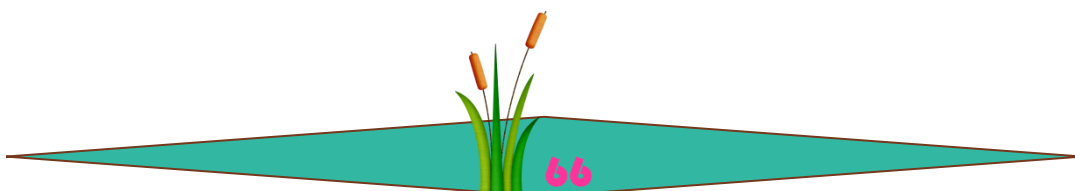


María salió a recibir a unos arquitectos que venían a una reunión para un gran proyecto conjunto con EEUU. Había un chico que le sonaba de haberlo visto en otra ocasión, pero... seguramente se equivocaba, no se conocerían de nada. María fue a por unos cafés para la reunión.

Entretanto, Noah al fin había conseguido aterrizar en México y un taxi le había dejado en el centro de la ciudad. Estaba buscando apresuradamente la sede de la empresa donde tendría lugar la reunión, quizá aun llegaría a tiempo... Noah se chocó con una hermosa chica esbelta con pelo negro que llevaba cafés en la mano, pero... no, no podía ser la chica que él deseaba ver... Se concentró en llegar a su reunión.

María ya estaba de vuelta en su edificio con los cafés, iba a entrar al ascensor y de repente escuchó: “¡Espera! ¡No cierres!” Y sí, era Noah, quien, aunque tarde, llegaba por fin al lugar de su cita.

Aicha Louter Cobos 4ºD



El valor de las pequeñas cosas de la vida (Venezuela)

ESPAÑA, 5 DE NOVIEMBRE DE 2050.

Mi madre vivía con su familia en Venezuela, hasta 2037, cuando decidió viajar en busca de una vida mejor, y así fue como emigramos -yo con apenas dos años-, a un pueblo de España para empezar nuestra vida desde cero.

Mi infancia fue muy buena, gracias al esfuerzo que hizo mi madre para encontrar trabajo y darme todo lo que necesitaba. Fue muy valiente, porque es difícil saber qué puede pasar si te vas a vivir a otro país que desconoces.

Fue pasando el tiempo, y cumplí mis deseos quince años. Mis abuelos viajaron desde Venezuela para darme una sorpresa. Nos emocionamos mucho, dado que llevábamos varios años sin vernos. Sinceramente, no me acordaba mucho de cómo eran, pero, en los meses que estuvieron, establecimos una conexión inexplicable.

Mi abuelo era un hombre muy valiente, generoso, humilde y sobre todo buena persona -según lo que mi madre me decía-, y mi abuela súper coqueta, enamoradiza y claramente con el mismo corazón que mi abuelo. El tiempo que estuvieron aquí se me pasó muy rápido. Durante su estancia, solía dar paseos con mi abuelo y me encantaba escuchar todas sus historias, todo su pasado y los consejos que me daba. Los paseos solían ser a la orilla de la playa, en Alicante (las playas aquí son muy amplias y bonitas, sobre todo en los amaneceres y atardeceres). Se convirtió en "nuestro lugar"; solíamos tomarnos un helado o un refresco mientras caminábamos en "nuestro lugar" y charlábamos.

Uno de esos días, le estaba contando cómo me iba en la escuela y con mis amigos, y me cortó para decirme que su infancia fue muy diferente a la mía. Continuó diciéndome que él vivió una etapa muy



importante en la historia de Venezuela: la dictadura de Nicolás Maduro. Comenzó a explicarme:

“Mi vida fue muy dura, nietita, no teníamos libertad para expresarnos, ni para reunirnos, apenas teníamos recursos para poder vivir. Además, comenzó la pandemia del 19 por un virus traído desde China.

Fue todo a la vez, los comercios y las escuelas estaban cerradas, sólo podían dar servicio los hospitales y los supermercados, estos últimos con horario reducido. Teníamos toque de queda para llegar a casa, apenas podíamos salir para comprar cosas de primera necesidad. Tuvimos que aprender a administrar bien el dinero, si no, era difícil sobrevivir a aquella crisis...

Por suerte vivíamos en una casa de campo a las afueras de Maturín, donde teníamos una gran cosecha y ello nos ayudó bastante en nuestra economía.”

Me siguió contando mientras yo, sorprendida, intentaba no interrumpirle a pesar de todas las preguntas que se me ocurrían.

–¿Sigo? –me preguntó.

–Claro –le respondí.

“Teníamos mucho miedo, no podíamos manifestarnos ni convocar ninguna huelga porque difícil sería sobrevivir a ese enfrentamiento. A pesar de ello, hubo gente que lo hizo, pero -repito- no sirvió de nada. Todas las calles estaban protegidas por militares, teníamos que justificar cada vez que salíamos de casa. Además, la pandemia hizo que mucha gente falleciera, los hospitales no daban abasto y veías a familias en muy mal estado por las calles.

Te cuento todo esto, nietita, para que valores la vida que llevas ahora, la salud que tenéis tú y tu madre, la libertad para salir con tus amigos o ir a la escuela, y numerosas cosas más. La vida da muchas vueltas y tienes que estar preparada para cualquier cambio, pero sobre todo valorar lo que tienes.”



A mí no se me ocurrió qué contestarle, porque seguía sorprendida, nunca pensé que podría pasar eso, desde mi ignorancia. De camino a casa me dijo que ya me seguiría contando en otro momento más detalladamente cosas sobre su vida.

Llegamos a casa, mi abuela y mi madre estaban sentadas esperándonos para comer. En la mesa les comenté lo que me había contado mi abuelo para conocer cómo habían vivido ellas esa época. Mi madre no tuvo que vivir aquella época porque cuando nació las cosas habían cambiado bastante. Mi abuela, sin embargo, se emocionó y añadió a lo que ya sabía de mi abuelo que la casa de Maturín (Venezuela), donde vivía el abuelo y su familia de clase media-alta, estaba a cinco minutos andando de su casa, y que su familia -a diferencia de la de él- tenía una economía más pobre.

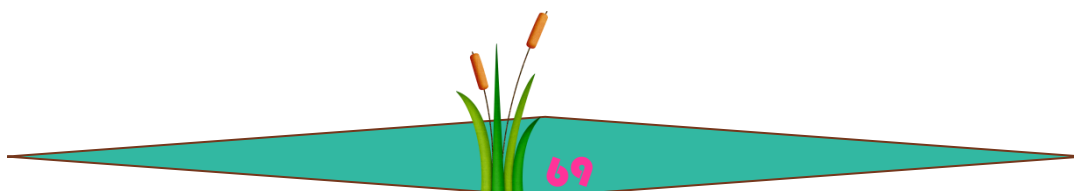
Siguió contándome que la familia de mi abuelo les vendía parte de las cosechas, y a veces incluso se las regalaban, porque a pesar de las diferencias económicas, entendían que vivían en unas circunstancias en las que lo único que quedaba era ayudarse entre ellos. Continuó:

“Me enamoré de él a primera vista, además de saber que por sus acciones eran muy buenas personas. Y él de mí también.

A escondidas nos veíamos, con mucho miedo, pero valía la pena. Hasta que decidimos vivir juntos en otra casa que heredó de su padre. La vida con él ha sido mucho más fácil, junto a él me sentía protegida, querida, y hacía que me olvidase de todo lo que pasaba en ese momento.”

Me encantó su historia, dejé que siguiera, hasta que terminó deseándome su misma suerte en encontrar el amor de mi vida y me dijo que a pesar de haber vivido todo lo que vivió, no se arrepentía de nada porque encontró lo mejor que le había pasado en la vida.

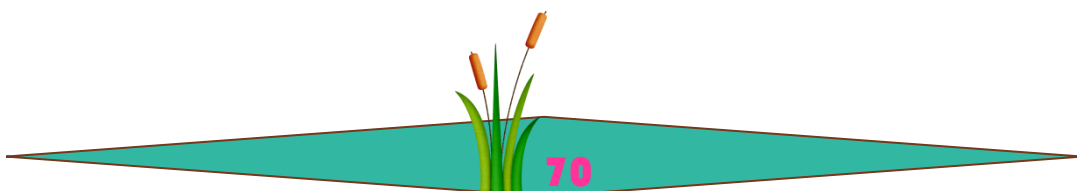
Terminamos de comer y mis abuelos se pusieron a organizar las maletas para volver. Me entristeció mucho, ya que habíamos conectado



muy bien y me dolía mucho saber que no iban a seguir en mi día a día, apoyándome, aconsejándome y contándome anécdotas de las suyas.

A punto de entrar al aeropuerto les agradecí todos los momentos que habíamos pasado juntos y lo que me habían hecho reflexionar sobre la vida. A partir de entonces, mi manera de ver la vida cambió bastante y comencé a valorar cada momento, cada detalle, y a agradecer todo lo que tengo y sobre todo a mi madre por haber luchado tanto para darme una vida mejor que la de ellos.

Sofía Carolina Fernández Rodríguez 4ºD



La "situación política" (Cuba)

Nací en Europa, junto a mis padres y mis dos hermanos. Mi familia estaba muy unida, hasta que mis hermanos y yo nos hicimos mayores. Entonces cada uno tomó un camino distinto, alejándonos de todo lo que fue nuestro hogar, pensando que algún día nos podríamos volver a encontrar, y contarnos todas las historias vividas durante este tiempo.

He estado viajando durante mucho tiempo para encontrar un lugar donde poder descansar de todo, y quizás poder formar una familia más adelante. Pasé por muchos lugares, pero ninguno era completamente de mi agrado. Y cuando encontraba alguno que me sirviese, oía pequeños rumores de cosas que habían estado pasando últimamente, y decidía que la mejor opción era seguir buscando.

Vi a otros de mi misma especie hablar sobre un lugar llamado Cuba, que decían que está ubicado cerca de América del Norte. Entonces decidí emprender vuelo hacia esa tal Cuba y ver si es el sitio adecuado para poder descansar. Durante mi vuelo me encontraba a otros flamencos volviendo y contándome pequeñas historias que vivieron en otras partes del mundo, y pequeños conflictos en los que estuvieron envueltos.

Tomé un pequeño descanso en una plaza de Estados Unidos y observé las grandes disputas por un famoso muro. Por lo que me contaron unos amigables pájaros, el presidente de Estados Unidos había decidido poner un muro entre su país y México, para que así los mexicanos no pudiesen pasar a Estados Unidos. Me pareció una horrible decisión... ¡Ese hombre estaba realmente muy loco para hacer una barbaridad así!

Finalmente llegué a Cuba, y justo cuando aterricé, en un parque, había mucha gente en la calle con pancartas gritando. Decidí acercarme a otro de mi especie y preguntarle qué ocurría: *"Aquí en Cuba la*



situación política no es muy buena, siempre hay gente quejándose, pero dejando eso de lado es un lugar muy bueno”. Sus palabras me cautivaron.

Estuve volando por este maravilloso país en busca de un buen lugar para descansar, hasta que desde la altura divisé una preciosa laguna. Desde ese día decidí quedarme ahí y finalmente pude formar una familia, que sé que pronto tendrán que emprender el mismo camino que yo.

Melanie Ávila Inocencio 4ºD



Amor a través de un muro (México)

Antes de que Donald Trump ganara las elecciones de Estados Unidos, una pareja formada por Dorothy (una chica americana, alta, de tez clara, cabello largo, rubio y liso, con los ojos claros) y por Max (un chico mexicano, alto, de tez oscura, cabello corto, oscuro y ondulado, con ojos negros) era feliz en su casa en Estados Unidos. Hasta que llegó el día de las elecciones, las cuales ganó Trump y a raíz de esto se construyó el muro fronterizo entre estos dos países. No contento con esto, Trump ordenó que se separase a los mexicanos de los estadounidenses y se los llevaran a su país sin importar romper parejas, separar padres de sus hijos, etc. Y así se hizo: los federales iban calle por calle y casa por casa para hacer cumplir la orden.

Max se escondió todo lo que pudo por miedo de perder a Dorothy y a su futuro bebé, pero al final lo encontraron y se lo llevaron. Max intentó salvarse enseñando el documento que había obtenido con la nacionalidad estadounidense, pero le dijeron que ese documento no lo hacía menos mexicano. Después volvió a intentar salvarse diciendo que su novia estaba embarazada, a lo que los federales respondieron que eso también daba igual, que si el niño nacía ahí era estadounidense. Max se rindió, ya que veía que no tenía nada que hacer y finalmente se lo llevaron.

Una vez que repatriaron a Max a México, se sentía perdido, desorientado y triste, echaba de menos a Dorothy y a la gente que tenía ahí. Un día conoció a una anciana y esta le dijo:

–No hace falta ni que le pregunte qué le pasa, tengo demasiados años y ya me sé la historia.

–¿Cómo dice? –le respondió Max.

–No, nada... Me llamo Julia, ¿y usted?

–Me llamo Max, ¿podría explicarme a qué se refería antes con que ya se sabe la historia?



–Me refería a que ya he visto mil veces casos como el tuyo, incluso lo he vivido –expuso la anciana.

–¿Tiene a su marido al otro lado del muro? –le preguntó él.

–No, ya no. Él falleció hace mucho tiempo, pero antes de Trump hubo otro presidente que no hizo un muro, pero aun así nos separó.

–¿Le resultaba fácil comunicarse con él? –se interesó Max.

–No, pero descubrí un truco y ahora te lo enseñaré. ¿Ves ese flamenco?

–Sí, ¿por qué lo pregunta?

–Porque ese flamenco es mi truco: a los animales sí que les dejan cruzar la frontera, por eso yo entrené a ese flamenco para comunicarme con mi marido.

En ese momento Max se quedó sin palabras y fue a escribirle una carta a Dorothy, este se la puso al flamenco en el lomo y el flamenco solo con decir el nombre de la chica sabía a dónde debía ir.

Pasaron las semanas y Max perdió todas las esperanzas, ya que no recibía respuestas, y fue justo en ese momento cuando el flamenco volvió con dos sobres, en uno de ellos había una carta y en otro un sobre con ecografías del bebé. Julia estaba con Max y los dos sintieron emoción y a la vez pena. Julia no podía soportar ver a Max así, entonces ideó un plan para que estuviera junto a Dorothy lo antes posible.

Pasaron los meses y la pareja seguía comunicándose a través de cartas y del flamenco, hasta que un día Julia le dio a Max una tarjeta de residente mexicana falsa, la cual era para Dorothy. A Max le pareció una locura y sabía que su novia prefería vivir en Estados Unidos, pero aun sin saber qué respuesta iba a recibir, este se la envió junto con una carta.

De nuevo, Max no recibía respuestas hasta que un día Dorothy se presentó en su casa. Por lo visto el plan había funcionado. Ella se quedó en México y ahí comenzó una nueva vida junto con Max y su bebé.

Lourdes Hidalgo Pérez 4ºD



“El rey flamenco” (México-UE)

Quizás esta historia no entusiasme mucho, menos aun levantará pasiones, pero al oírla o al leerla quizás podréis apreciar cada bombeo de vuestro corazón. No pretendo tampoco asustaros, pero sí enseñaros una realidad que ocurre muy a menudo, pero pasa muy desapercibida: las historias que hacen del niño un hombre y del hombre, un animal.

Como todas las historias, empezaré por el principio. Entre un primer día de marzo y un décimo cuarto de diciembre de 1989, en la barriga de una señora tan desagradable, que solo pensar en decir su nombre haría que dejara de escribir esta historia, se estuvo gestando el protagonista de nuestra historia. Su madre, joven e inexperta, pagaba sus frustraciones con lo único que tenía a mano, ya que debido al embarazo su familia la repudió, viéndose en la más absoluta de las miserias.

Quizá fuera el amor que tenía ella hacia su abuelo, o simplemente le gustase el nombre, el caso es que le puso Christopher. Tuvo una infancia muy difícil, porque debido a su baja estatura, era objeto de bastas humillaciones de parte de sus compañeros. Además, pocos recursos económicos y muchos problemas en el entorno familiar no tuvieron otro desenlace que el retiro de la custodia. Christopher tan solo tenía ocho años en ese momento, por lo que acabó pasando de una familia de acogida a otra, hasta acabar finalmente en la familia Carrillo.

La familia Carrillo era famosa por sus empresas agrícolas, que abarcaban media costa española. Eran ricos, poderosos, y no tenían la menor humildad, de hecho, alardeaban mucho de sus bienes. Estaba compuesta por Geraldo Cor Carrillo y su mujer Manuela Vargas Carrillo, que ante la infertilidad no le quedó otro remedio que adoptar. Ella no quería bebés, ni tampoco niños pequeños, ella quería educar a un preadolescente, y Christopher encajaba como una pieza de un *puzzle* perfecta para la familia. La vida de nuestro protagonista por fin podía



llamarse vida y fueron pasando años. Un buen día merodeando por el jardín de la casa que tenían en Torrevieja, encontró unas bolsas al vacío que contenían kilos de un polvo rosa. Entonces él, inocentemente, abrió una bolsa, y se llevó el dedo índice de la mano izquierda a la boca, para que con un relamido, lo humedeciera. Tocó el polvo y se lo llevó a la boca. “¡Qué asco!”, dijo, y dejó la bolsa abierta, pero escondida donde las demás. A los quince minutos empezó a notar que su mandíbula se movía, se le desencajaba e incluso tenía temblores por todo el cuerpo. Decidió contarle a su abuelo lo que le había sucedido y fue ahí donde su abuelo le dijo: “No deberías haber tocado aquellas bolsas sin saber qué había dentro, muchacho”.

El abuelo salió de casa dejando al chico en el salón e hizo una llamada. Lo que aquel niño había tomado era droga, concretamente cocaína, la cual vendía su abuelo. Le llamaban “El rey flamenco”, ya que su tapadera era que transportaba sal de las grandes salinas de Torrevieja hasta México.

“El rey flamenco” decidió contarle a su nieto aquella gran barbaridad que hacía, simplemente por gusto. Él dijo:

–Abuelo, ¿entonces lo que yo he tomado era...?

Y él respondió rápidamente:

–Sí, siento que hayas tenido que enterarte de esta forma. Ahora tengo que enseñarte mi mayor secreto.

Lo llevó a un lugar en el que lo único que se veía era un gran prado verde con miles de flores, pero a lo lejos, en una pequeña laguna, tenía un flamenco. Le explicó que en uno de sus viajes encontró aquel flamenco, el cual le llamó la atención debido a que llevaba una especie de mochila, en la cual llevaba esa “sal” que transportaban.

Paula Cid Sánchez 4ºD



Los hechiceros (Paraguay)

La tribu de los guaraníes es una tribu procedente de Paraguay. Ellos, como la mayoría de tribus, son creyentes de leyendas que se cuentan de generación en generación.

En esta leyenda se cuenta la historia de unos hechiceros que solían vivir por la zona donde actualmente habitan los guaraníes. Aquellos hechiceros se encargaban de mantener a las “maldiciones” alejadas de la humanidad para que no le causaran daño.

Las maldiciones eran almas que habían pertenecido a un humano, cuya vida pasada consistía en una tormenta de sentimientos, el más común y peligroso era la tristeza. Una vez el humano fallecía, su alma no era bienvenida en el cielo por su energía negra, el inframundo tampoco les daba la bienvenida, ya que, por la tristeza que estas cargaban, eran almas muy débiles. Nada permitía que las maldiciones descansaran en paz, por tanto, se volvían malignas y querían destruir todo lo que se cruzara con ellas como venganza.

Los hechiceros eran humanos con sangre de ángel, se encargaban de mantener la paz y mandar a las maldiciones a Guaranía, la tierra del más allá. Guaranía era un universo paralelo en el cual sí había sitio para las maldiciones, ya que no era un lugar habitado por ninguna raza. Los hechiceros siempre vivían escondidos entre la raza humana, eran seres muy importantes e imprescindibles para la humanidad. Solían esconderse dentro de los árboles más grandes de la selva, allí donde se enseñaba a combatir contra las maldiciones. Por ello, los árboles han sido siempre un símbolo de esperanza para la tribu guaraní.

No hace mucho tiempo ha salido una noticia según la cual una compañía quiere deforestar el territorio guaraní. Los guaraníes están muy preocupados porque piensan que si los árboles desaparecen,



aquellos hechiceros no tendrán dónde vivir ni dónde aprender a combatir
contra las maldiciones y la humanidad quedará desprotegida.

Ariadna Rodríguez Carrillo 4ºD



Ilustración: *El corazón del Amazonas.* Sofia Carolina Fernández Rodríguez 4ºD



Miedo (México)

Sucedió hace mucho tiempo en una aldea pequeña, de unos cien habitantes. Esta se caracterizaba por tener un ambiente muy cálido y acogedor, hasta el punto que te hacía sentir como en casa. Aunque fuera muy pequeña, siempre venían turistas. Tenía unas hermosas vistas, atardeceres preciosos, y una comida riquísima. Pero a pesar de esto, tenía un lado muy desagradable, lo cual hizo que durante una temporada los turistas no quisieran venir por el **MIEDO**. ¿Miedo de qué?, te preguntarás. Pronto lo averiguarás.

Mateo. ¿Quién es Mateo? Mateo es un niño de la aldea. Vive con sus hermanos, uno mayor y el otro menor. Mateo creció viendo siempre a Juan, su hermano mayor, meterse en pandillas desde muy pequeño, desde que tenía prácticamente la misma edad que tiene él ahora, doce años, ante la necesidad de defenderse, debido a que sus padres murieron en un tiroteo en una entrega de droga en México. Juan estaba en la pandilla de “Los Lacras”, que tenía un poder muy grande en el narcotráfico, cada día se la ideaban más para poder vender, a adultos, jóvenes, y hasta menores de edad. Su lema era “Demos el pan a quien más lo necesita”. No les importaba nada más que el beneficio que ellos obtendrían al vender esas sustancias.

Por ello, aunque Juan no logró nunca salir de este mundo, les hizo prometer a sus hermanos que bajo ningún concepto entrarían ellos también en ese mundo. A cambio, les aseguró que nada les faltaría nunca. Sin embargo, Mateo era un niño muy ambicioso, el cual buscaba el camino fácil, sin tener en cuenta que se podría meter en un gran problema.

Un día catorce de abril de 2011, Juan había sido enviado por “El Mayor”, el líder de la pandilla, a una entrega en Chile. Por ello, Mateo se quedó al cuidado de su hermano pequeño, Manuel. “El Mayor”, al ver



que su gran aliado Juan se había marchado, decidió persuadir a Mateo para que también colaborara con ellos. Le engatusó ofreciéndole todo el dinero que quisiera, la casa que deseara, e incluso poder sacar a su hermano de esta vida... si hacía lo que pidiera.

Mateo creyó todo lo que le decía, y accedió a su oferta. El encargo que recibió fue hacer una entrega en la estación de tren. La estación estaba ahora abandonada, debido a que un día, durante otra entrega de “El Mayor”, hubo un tiroteo dentro del tren, donde murieron muchas personas. Nunca se completó ese encargo. Toda la aldea sabía de esto, el rumor se había extendido, y fue por eso que se dejó de utilizar aquella estación.

Volviendo a Mateo, él decidió aceptar el encargo. Creía que sería mucho más fácil al estar la estación abandonada. La entrega tendría lugar a las dos de la tarde. Mateo ya estaba listo, sin temor alguno. “Volveré pronto, te quiero”, se despidió de su hermano pequeño, sin saber lo que estaba a punto de sucederle. Mateo fue donde “El Mayor” a recoger el paquete. “Esto es por tu hermano”, le dijo aquel entre carcajadas. Él no entendió, solo se fue pensativo, y concluyó que solo habría querido meterle **MIEDO**.



A las dos en punto, Mateo estaba en el sitio acordado para la entrega. No veía a nadie. Después de unos minutos esperando, una camioneta negra se fue acercando a toda velocidad. Él, pensando que serían los “clientes”, se quedó quieto esperándolos, pensando que ya todo estaba solucionado en su vida, y en la de sus hermanos. Entonces vio asomar un arma, que acto seguido disparó hacia él. En ese preciso momento, cerrando los ojos en pánico, pensó en su muerte, y en su hermano. Siente el disparo ante él y no siente nada en su cuerpo. Abre los ojos y ve a su hermano Juan tirado a sus pies con tres disparos, casi muerto.

En trance de muerte, Juan le dice a su hermano que todo estará bien, que cuide de Manuel, y una cosa más: “Nunca tengas **MIEDO**”, le dice Juan a Mateo. Nueve años después, Mateo ya ha cumplido veintiún años y se ha convertido en policía especializado en la lucha contra el narcotráfico. Mateo ha vivido mucho, solo y con un pequeño a su cargo, pero a pesar de eso, nunca tiene **MIEDO**.

Dayanna Nayeli Castillo Prado 4ºB



EL DELTA (ÁFRICA)

Cuando volé por primera vez, aun no podía hacerlo. Suena extraño, lo sé. Mis recuerdos de entonces son muy vagos. Todo era gris. No recuerdo el embalse donde nací. No recuerdo a mi colonia. No recuerdo a mis padres. Mi recuerdo solo es el gris. Nos dijeron que cuando la presa se quedó vacía, nos abandonaron allí a nuestra suerte, que no podían llevarnos con ellos siendo tan pequeños, que nos habían encontrado al borde de la muerte, y que por eso volamos. Uno no puede volar cuando es gris, solo cuando ya se ha puesto rosa. Pero nosotros, centenares de nosotros, con todo nuestro gris volamos desde Kimberley hasta Botsuana.

Esto me lo contaron en el delta Kavango algunos un poco mayores que yo. Yo solo era un pichón de pocos días cuando salí de Sudáfrica. En el Kavango crecimos con un sentimiento tozudo de desarraigo, aunque ajenos a las amenazas que nos rodeaban, aprendiendo a filtrar las algas y el delicioso camarón por las estrías del delta. Los furtivos no nos preocupaban: no les interesábamos, solo teníamos que cuidarnos de las estampidas del elefante y del rinoceronte negro. Pero un día unas máquinas brutales hicieron temblar la tierra. Otro día supimos que en el desierto oeste perforaban pozos negros. Al otro, que la corriente del norte traía peces muertos...

Como nada nos ataba a aquel sitio, optamos por emigrar. Yo me dirigí al este. Con la perspectiva que da el vuelo, comprendí la gran herida que parte de norte a sur el continente. Por el Kariba y el Malawi, me adentré en la gran falla del Rift, bajo cuyos volcanes dormía: el Ol Doinyo y el Ngorongoro, el Ol Lokwe y el Namarunu... hasta que di con mis plumas en el lago Turkana. Pero no me quise quedar mucho tiempo en la región, porque la vida allí era solo otra mercancía.



Fue aun peor lo que encontré más adelante, donde choca la nación más antigua con la más nueva del mundo, donde toda tribu es enemiga, donde el apátrida es moneda de cambio, donde el Nilo blanco y el Nilo azul se buscan y no se encuentran todavía.

Me concentré entonces en seguir el río: Wadi Halfa, Abu Simbel, lago Nasser, Asuán, Edfur, Luxor, Fayún, El Cairo... y finalmente, de un modo fascinante, el río se fue abriendo hacia el mar. Ya en Alejandría, por un *aleph* supe que, pese a mi largo periplo, casi no había visto nada del mundo, y que la Tierra alberga aun algunos lugares plácidos. Entonces seguí el camino del Sol: días y días llevé el mar en el ala derecha, y en el ala izquierda una tierra árida y sufriente, hasta que llegué a la Mar Chica de Nador. El *aleph* me había despertado la sed de otros continentes. Hice un alto allí hasta el verano y retomé luego mi viaje. Desde las sombras del Gurugú, miles envidiaron mis alas cuando crucé la alambrada.



El origen real de este personaje.

Alicia Vicens Cantó.

Diciembre de 2020.



Un día en Somalia

Hoy por fin es el día. Después de casi dos años, por fin lo intentaremos, solo tenemos una oportunidad. Miro a mi hermano Abdim y salimos corriendo a la vez. Mientras corremos hacia esa laguna llena de flamencos rosas, viene a mi memoria aquel último día.

Ese día estaba muy cansado, ya que me tocó ir a por agua al río cercano. Era ya el cuarto viaje que hacía. En casa éramos ocho hermanos, seis chicos y dos chicas, y mi madre. Mi padre había muerto hacía tiempo por culpa de la guerra de mi país, Somalia, así que teníamos que trabajar duro para sobrevivir. Teníamos una casa que no era muy vistosa, ya que tenía el techo de paja y con agujeros, las paredes no eran muy sólidas, porque eran de arcilla, con unos cuantos palos puestos para soportar el peso y que no se cayera. Además, no era muy amplia para poder vivir, sin embargo, nos considerábamos afortunados: otros no tenían ni un techo que les cobijase. Mis cinco hermanos y yo compartíamos una diminuta habitación y mis hermanas y mi madre la otra. En mi habitación había seis camastros, uno de ellos era el que mejor estaba y todos los días cambiábamos de cama para poder dormir en él. Cuando me tocaba el bueno, era la noche que mejor dormía. En el centro de la casa solo había un caldero muy viejo donde cocinábamos cuando se podía, que no era muy frecuentemente.

Nosotros teníamos suerte: mi madre, mi hermano mayor y yo trabajábamos como jornaleros en el campo para el *Señor*. No nos pagaba mucho, pero suficiente para comprar alguna cosa como ropa o medicinas, aunque para ello teníamos que viajar durante dos días para llegar a un pueblo donde se vendían ese tipo de cosas.

Ninguno de nosotros sabía ni leer ni escribir. No había escuela, y aunque la hubiera habido, siempre estábamos demasiado ocupados



en conseguir algo para poder comer cada día y no podríamos haber asistido a clase.

Ese día cuando llegué con el último balde de agua era la hora de comer. Un poco de agua y una especie de pan hecho con el trigo que molía a mano mi madre. La comida no se veía rica, pero era lo único que teníamos para llevarnos a la boca. Algunas veces cuando nadie miraba le cogía una naranja al *Señor* para que mis hermanas se la comieran, me encantaba verlas sonreír. Este fue el último día que pude dormir tranquilo.

Por la mañana me tocaba ir al trabajo bien temprano. Aunque me daba mucha pereza ir a trabajar, tenía que ir para ayudar a traer comida a casa. El día era muy caluroso, casi no podía respirar, parecía que estaba dentro de una hoguera, menos mal que en el campo había un poco de sombra por los pocos árboles y por las altas espigas de trigo. A mí me tocaba recogerlo, a mi madre le tocaba molerlo y llenar los sacos; y mi hermano mayor los cargaba hasta el camión.

De repente se empezaron a oír gritos. Mi madre nos miró y nos dijo:

–No puede ser, es demasiado pronto, aun no deberían venir...

–¿Quién, mamá? –preguntó Abdim.

–Los hombres de Al Shabab, vienen a llevarse a niños para luchar en la guerra. Voy a por el resto de vuestros hermanos, ¡escondeos y no dejéis que os vean! Cuando se vayan, vendré a por vosotros e intentaremos cruzar la frontera. No podemos esperar más.

Eso hicimos, hasta que vimos cómo los soldados se acercaban como alimañas a donde estaban mis hermanos pequeños. En ese momento nos miramos los dos y supimos lo que teníamos que hacer: llamar la atención de esos soldados para que no atraparan a los pequeños y a mi madre. Nosotros éramos más grandes, yo tenía trece años y mi hermano quince, podríamos sobrevivir, pero ellos no tenían ninguna posibilidad.



Nos dejamos ver haciendo ruido y cambiaron de dirección, vinieron directos a por nosotros. Lo conseguimos, les dimos una oportunidad. Corrimos todo lo rápido que pudimos, pero fue imposible, al final nos atraparon.

Cuando nos metieron en el camión vi a mi madre llorar detrás de las espigas de trigo y solo pude decirle con mis labios que se fuera de allí, que nosotros estaríamos bien. Esperaba que me entendiera y consiguieran salir de allí. Me prometí a mí mismo que algún día los encontraría.

Los primeros días fueron muy duros, llorábamos cada noche. No dormíamos, no comíamos y alguna vez nos llevamos una buena paliza, el resto mejor no recordarlo. Después de los primeros seis meses ya no quedaban lágrimas, solo teníamos la esperanza de encontrar la oportunidad de huir.

Hoy nos había tocado vigilar en la laguna de la frontera cuando vimos el agujero en la valla. Ambos sabíamos lo que teníamos que hacer: era nuestra oportunidad y la aprovechamos. ¡Habíamos esperado por este momento tanto tiempo!

De pronto, oigo a mi hermano a mi lado y salgo de mis recuerdos.

–Queda poco, Salab, casi lo conseguimos, no nos han visto. ¡Corre más rápido y no te pares!

No sé cuánto tiempo pasa, pero por fin llegamos al otro lado de la laguna y nos tiramos al suelo. Solo oigo los latidos de mi corazón. Es como si fuera a explotar en cualquier momento. Me da miedo moverme por si nos ven, así que permaneceremos quietos durante varias horas...

No puedo creerlo: lo hicimos, pasamos al otro lado. Mi hermano y yo nos miramos por fin y sonreímos. Es la primera vez en casi dos



años que le veo sonreír. Después de tanto sufrimiento por fin iremos a buscar a nuestra familia.

Los encontraremos.

Danny Ruiz Boluda 4ºE



Demasiado tiempo de injusticias (Gambia)

Queridos lectores, soy Kenia Abioye y os invito a leer mi propia historia: la historia de una familia destrozada gracias al poder y la codicia de muchos otros; también la historia de mis padres, dos jóvenes luchadores ante las injusticias de un mundo donde importa más el dinero, el poder, que el pueblo. Para entender esta historia tenemos que volver al principio de todo.

Vivíamos en Banjul, Gambia, en una casa acogedora, tampoco nada del otro mundo, pero vivíamos bien. Para mí era una casa preciosa, azul por fuera y beige por dentro; hecha de madera de roble, que crujía con cada paso que dabas; tenía un olor, uno de esos olores que te hacía pensar que habías llegado a casa.

Mi madre, Sara, era ama de casa y mi padre, Anuar, era consejero del alcalde de Banjul. A veces no venía por casa en días, ya que viajaba mucho por trabajo. Mi madre y yo ya estábamos acostumbradas y cada vez era más a menudo. Tampoco nos podíamos quejar, ya que gracias a su sueldo podíamos vivir modestamente y mantener la casa. Iba andando al colegio cada día de lunes a viernes, mientras mi madre limpiaba la casa y cocinaba para que cuando yo llegara estuviera la comida lista. Mi padre, cuando no estaba fuera, solía llegar sobre las cinco de la tarde, aunque a veces se demoraba más tiempo.

Pero ese viernes por la tarde cambió todo. Un día gris de otoño de 1999, como siempre, llegué a casa, comí con mi madre e hice mi rutina habitual. Ahí estaba el plato de comida de mi padre, tapado con papel para que no se fuera el calor, esperando a que llegara. Pasaron las cinco y nadie entró por la puerta. Las seis. Las siete. Mamá me dijo que no me preocupara, habría cogido tráfico. Las ocho. Las nueve. Intentaba



disimular su preocupación, se engañaba a sí misma diciéndome que llegaría ya. Las diez. Se quedó dormida en la puerta: la tapé con una manta para que no cogiera frío y me tumbé en el sofá. A la mañana siguiente me desperté con sus sollozos: papá aún no había vuelto. Se repuso rápido, hizo el desayuno y decidió que iría al ayuntamiento, donde trabajaba papá, para pedir explicaciones o con la mera esperanza de encontrarle allí. Me quedé en casa hasta el mediodía esperando a que él entrara por la puerta. Toda mi esperanza se vino abajo cuando lo que entró fue la silueta de una mujer destrozada: la que había sido mi madre tantos años ya no existía en ese momento, solo era dolor.

–Dicen que no saben dónde está –me dijo–, no lo ven desde ayer al mediodía; se fue a las once de la mañana de la oficina y desde entonces no saben nada de él, no me pueden ayudar más.

Decidimos ir a la policía y denunciar su desaparición. Allí nos dijeron que harían lo posible por encontrarle, que esperaríamos unos días. Pasó una semana y no vimos ningún anuncio en la televisión, ni carteles en las calles, ni siquiera vecinos que nos apoyaran. Volvimos a la policía y nos dijeron que no sabían de qué estábamos hablando, nadie les había denunciado ninguna desaparición en meses; denunciemos otra vez, pero había algo raro en todo eso. Por nuestra propia cuenta colgamos carteles con la foto de papá ofreciendo una recompensa, aunque en ese momento no teníamos dinero.

Pasó un mes y la policía no nos comunicó nada, en ese momento me di cuenta de que no nos iban a ayudar. A pesar de eso, mi madre aún tenía esperanza de que volviera a casa. Su plato aún seguía encima de la mesa, tapado con un papel, aunque ya se le habría ido el calor. Vivíamos de la caridad de los vecinos, nos traían comida o dinero, pero cada vez era más escaso todo; nos llegaban avisos de desahucio y facturas sin pagar. En esos tiempos era muy difícil encontrar trabajo. Decidí dejar la escuela para ayudar a mamá: ella ofrecía limpiar las casas de los vecinos por dinero o comida; yo, mientras, encontré un



trabajo limpiando platos en un restaurante callejero; no me pagaban mucho, pero era algo.

A los tres meses de la desaparición nos mudamos a una casa, si se podía llamar así, en los suburbios de Banjul, ya que era lo único que podíamos pagar. Antes de la dictadura no habiéramos estado en esas condiciones, pero todo se había vuelto peor, negro, lúgubre, al comenzar ésta, aunque no fuera hasta entonces cuando nos dimos cuenta. No había un solo momento en el que no me preguntara dónde estaba papá, si estaría bien o si al menos estaría vivo. Nadie desaparecía de un día para otro sin rastro alguno y menos siendo una figura importante en el ayuntamiento.

Por el día mi madre trabajaba de limpiadora en varios sitios, desde bares, casas... hasta clubes de noche; y por la noche se iba, aunque ella creía que no me daba cuenta, a casas de otros hombres. Sé que lo hacía para poder sobrevivir y poder cuidarme, pero no soportaba verla así, a veces volvía con moratones por los brazos o en la cara aunque se los intentaba cubrir. Apenas nos veíamos entre sus trabajos y el mío, a veces lo único que podía hacerme ver que estaba en casa era escuchar sus sollozos en mitad de la noche a través de las paredes. Algo que nunca entendí es por qué hay pobreza donde hay humildad, y hay poder donde hay codicia. Todo era muy injusto en ese tiempo, ya no solo por mí y por mi madre sino por conocidos que sabía que se habían quedado sin trabajo, amigos que se habían mudado de donde vivían a sitios más económicos; todo se hundió en una pobreza inescrutable.

Nos bañábamos con agua fría porque no teníamos para agua caliente, comíamos comida sin calentar y nunca nos compramos ropa nueva: o los vecinos nos daban prendas que ya no utilizaban o buscábamos en los contenedores. Estuvimos así durante años, por necesidad me puse a vender sustancias ilegales y con el dinero mi madre podría quedarse en casa por las noches. Fue difícil adaptarnos a esta vida y a estar sin papá. Aunque no estuviera presente, a nuestro



lado, estaba en nuestros corazones. Pero todo era demasiado raro, hacía ya cuatro años y nadie hizo nada; los que deberían haberlo hecho no contribuyeron, los que deberían haberlo buscado no lo hicieron y los que deberían haberlo encontrado no movieron ni un dedo. ¿Por qué? ¿Por qué pasó todo eso? ¿Habría hecho algo mi padre? ¿Cómo desaparece alguien sin dejar rastro? ¿Por qué la policía no hacía nada? ¿Estarían ellos metidos en la desaparición de mi padre? Al hacerme estas preguntas llegué a pensar que estaba loca, pero era la única explicación razonable; porque era obvio que él no se había ido por voluntad propia: si no, no se habría dejado todas sus cosas en casa.

Entonces me decidí a ir al ayuntamiento. Me duché, me puse lo más presentable que pude y fui. Al entrar todo estaba en calma. Pasaron unos minutos hasta que vi a Johari, un viejo amigo de mi padre. Se conocieron cuando papá empezó a trabajar aquí y eso fue hace ya bastantes años, estuvo en nuestra casa cenando muchas navidades, era como de la familia. Me acerqué a él y nada más verme me dio un inmenso abrazo, me reconfortó, ya que era lo más parecido a un padre en ese momento. Al principio hablamos de cosas triviales hasta que saqué el tema de papá. De repente se puso tenso y supe que no iba a darme buenas noticias; le conté toda la historia y que opinaba que había algo detrás de esto. Empezó a tartamudear y a solo contestarme con monosílabos; le dije que era muy importante, necesitaba respuestas. “No puedo, lo siento, no deberías haber venido, no puedo decirte nada, es decir, no sé nada de tu padre desde la desaparición, vete a casa, Kenia, será lo mejor”, me dijo. Y simplemente se fue, desapareció entre el barullo de gente. Al irme me fijé en el despacho de papá: había otra persona trabajando ahí. Sin pensarlo dos veces me acerqué con decisión, abrí la puerta y le pregunté quién era. Cuando me di cuenta, le estaba gritando al señor y todo el ayuntamiento me estaba mirando. De repente el señor de la oficina tocó un botón y vinieron dos hombres de seguridad a sacarme del edificio. No obtuve respuestas en sí, pero al



salir de allí tuve claro que eran los responsables de la desaparición de papá.



A pesar de eso, nunca encontré nada más, fue como si mi padre nunca hubiera existido. Esto fue así, esta fue mi vida hasta 2017. Ese año cumplí treinta y tres años y mi madre cincuenta y cinco. Tenía un trabajo estable en un restaurante y mi madre seguía limpiando casas. Conseguimos un hogar más decente a finales del año pasado, cuando terminó la dictadura; justo hacía veintiún años de dictadura y dieciocho años desde que desapareció papá. Era un fin de semana tranquilo, estábamos mamá y yo terminando de comer cuando tocaron a la puerta. Al abrirla, me encontré con un hombre con canas y seguramente de la edad de mi madre. “¿Están Kenia y Sara en casa?”, me preguntó. Y sin previo aviso le abracé, le abracé como si me fuera la vida en ello, como



si fuera la primera vez que lo hacía y él me correspondió. Aun actualmente no sabría bien en qué momento decir que lo reconocí, a lo mejor fue nada más verlo aunque no me diera cuenta, o al escuchar su voz, pero eso ahora da igual, lo importante es que lo hice. Cuando pasó adentro y vio a mi madre fue como si se parara el mundo: los ojos de los dos se iluminaron como si se conocieran de toda la vida, como si nunca hubiesen estado separados.

Nos contó todo lo que pasó. Le habían exiliado del país por haber difundido una mala opinión y profanado el respeto en el ayuntamiento sobre el presidente de Gambia. Nos dijo que un día le explicaron que tenía que acompañar al alcalde de Banjul en un viaje en avión por asuntos de Estado y cuando llegó al aeropuerto le obligaron a subir a él solo al avión. Se lo llevaron a Turquía, lo tuvieron en una casa de la que no podía salir y con gente vigilándole estos dieciocho años. No le dejaban enviarnos cartas y toda la gente del ayuntamiento, incluso Johari y por supuesto la policía, estaba avisada por el mismo presidente de que no debían hablar sobre este tema. Y al acabar la dictadura le dejaron volver.

¡Tanto tiempo separados injustamente simplemente por tener una opinión distinta...! No quiero ni pensar a cuántas familias les habrá pasado lo mismo y habrán sufrido lo mismo que nosotros. Ahora lo importante es que todo ha acabado y estamos todos juntos, aprovechando el tiempo que nos queda.

Soy Kenia Abioye y esta es mi historia.

Laura Herrero Derioucheva 4ºD



Navidad en guerra (Sahara Occidental)

Recuerdo como si fuese ayer aquella Navidad de 1957 en la que me tuve que marchar de casa, para luchar en la guerra contra Marruecos, en el Sahara Occidental. Me dio mucha pena marcharme ya que había tenido un hijo precioso recientemente y quería pasar su primera Navidad junto a él. Desgraciadamente, mi compañía no podía acudir a dicha guerra sin mí.

Una vez en el Sahara, mi equipo y yo montamos un campamento a unos 40 kilómetros del campamento enemigo. Limpiamos nuestras armas, rellenamos nuestras cantimploras, y esperamos a que anocheciera. La idea era atacar por la noche, así que cuando oscureció nos armamos de valor para ello e iniciamos la marcha. Pero lo que no habíamos previsto era que estuvieran esperándonos con los ojos bien abiertos y con un gran número de soldados armados hasta los dientes.

Nada más llegar, tuve que presenciar cómo mi mejor amigo voló en pedazos a causa de una granada. Ahí me acordé de mi hijo y de mi mujer y pensé que no iba a salir de esta y que quizá no los volvería a ver. Empecé a buscar una trinchera donde protegerme, pero otra granada explotó a pocos metros de mí y quedé inconsciente. Para cuando pude despertar, ya no había nadie en el lugar del combate y me hallaba solo en medio del desierto, simplemente con una cantimplora vacía y un cargador de balas.

Eché a andar. Andar y andar... Hasta que encontré a una mujer con los pies descalzos y con un cántaro en la cabeza.

–Perdone, ¿sabe dónde nos encontramos? –le pregunté.

La mujer no me contestó. En lugar de eso, me ofreció agua de su cántaro sin decir ni una palabra. Con él llené mi estómago con avidez.



–¿Eres un soldado español? -me preguntó entonces ella.

–En efecto –le respondí–, ¿ha visto algún soldado más como yo?

–Vi a unos cuantos soldados españoles -me informó- dirigiéndose hacia mi pueblo. Sígueme y te llevaré con ellos.

Anduvimos durante dos horas y media, y por fin llegamos a Edchera, el único pueblo que había en cincuenta kilómetros a la redonda. Allí vi a unos cuantos compañeros míos, pero faltaban más de la mitad, por lo que entendí que habíamos perdido la batalla y en ella a muchísimos hombres. En los días siguientes, todos los que podíamos mantenernos en pie nos dispusimos a volver a casa con nuestras familias. Antes de ir al pequeño aeródromo, regresé a la zona en la que habíamos combatido y me hice cargo de los restos de mi amigo para llevarlo a su pueblo, ya que eso era lo que él habría querido.

Cuando al fin llegamos a España, ya era tres de enero, y sabía que mi hijo ya había recibido sus regalos de Navidad, pero aun faltaban los de Reyes. Quise volver a casa lo más rápido posible para llegar a tiempo, y así pude reunirme con mi familia para ese momento. Ese día me juré que no volvería a irme en una fecha tan importante, y así ha sido hasta el día de hoy. Todavía tengo pesadillas sobre aquella guerra, pero al menos sigo vivo.

Asier Gutiérrez Ortín 4ºE



Mi viaje más difícil (Gambia)

Tras un difícil y largo viaje a Gambia, conseguí volver a casa. Pero... volvamos al principio de todo esto.

Un 25 de junio de 2016 cogí un avión con destino final a Sudáfrica. Todo parecía ir con tranquilidad hasta que el piloto comunicó que iba a realizar un aterrizaje de emergencia en Gambia. Los pasajeros no sabíamos nada de lo que nos esperaba ahí fuera.

Una vez en tierra, estuve un buen rato buscando algún sitio donde pudiese comprar billetes a Sudáfrica, pero, para sorpresa mía, el aeropuerto estaba totalmente vacío y repleto de militares. En ese momento no sabía cómo actuar ya que estaba totalmente solo, sin cobertura en mi teléfono y sin nadie con quien hablar. Así que me quedé esperando en un banco en busca de una solución.

Después de estar un buen rato dando vueltas sin rumbo por el aeropuerto, un grupo de militares vino corriendo hacia donde yo estaba e inmediatamente cogieron mi equipaje y me detuvieron. Yo no entendía el porqué, les preguntaba y no me ofrecían ninguna respuesta ni explicación. Me montaron en un furgón y me llevaron al centro penitenciario de Gambia, donde estuve durante los tres meses siguientes. Allí me enteré de que el país estaba atravesando una fuerte dictadura. En los aeropuertos detenían a gente que venía de países extranjeros. Los trabajadores de la cárcel nos pedían que mantuviésemos la calma, que saldríamos pronto de ella. Yo no me creía nada y temía mucho por mi vida. Pasé bastantes noches sin dormir pensando en qué me depararía el futuro.

Uno de los pocos días que nos dejaron salir al patio, vi un cartel en el que se anunciaba el Campeonato Nacional de Fútbol y la inscripción era gratuita. Yo sabía que si conseguía ganar ese campeonato podría salir de la prisión. Pero había un gran problema, y



era que no tenía con quién jugarlo, ya que no conocía a nadie. Pocos días después, en el patio escuché que un grupo de presos se iba a presentar al Campeonato y les faltaba un integrante. Yo, inmediatamente, me dirigí a ellos y les dije que yo era futbolista en España y no tardaron en incluirme en su equipo.

El torneo comenzaba en cuatro días y decidimos entrenar para poder llegar fuertes y preparados al Campeonato. El día del torneo llegó y nuestro primer partido era contra el equipo de la capital, el todopoderoso Real Banjul. A priori era un partido que íbamos a perder, ya que jugábamos contra el mejor equipo del país y se suponía que tenían los mejores futbolistas. Nosotros no sentimos miedo en ningún momento y salimos convencidos de que si jugábamos en serio tendríamos posibilidades de ganar el encuentro.

Tras un partido muy disputado, mi compañero de celda, Ousmane, consiguió anotar el único gol del choque, dándonos la victoria y eliminándonos del Campeonato Nacional. Esta noticia se viralizó por todo el país, ya que un grupo de amigos de la cárcel consiguió hacer frente no solo a un equipo, sino a todo un país.

Todo el territorio nos conocía, y nos convertimos en los favoritos para ganar el torneo. Y así fue. De esta forma, logré que me liberaran y me devolvieran a España. Y fue entonces cuando me di cuenta de muchas cosas: gracias al fútbol supe sobrellevar una espantosa situación. El hecho de hacer lo que nos gusta nos permite vivir libres y nos capacita para superar cualquier obstáculo que se presente. Lo que iba a ser un plácido viaje, se convirtió en mi viaje más difícil, sin saberlo.

Joaquín Martínez Ferrández 4ºD



Al otro lado del mar (Lampedusa)

Yo soy Adel. Vivo en Libia, y no es que tengamos la mejor vida aquí, así que hoy es el día en el que vamos a ir al otro lado del mar para poder tener una vida mejor. Muchas personas dicen que no lo lograremos y que, si llegamos, dicen que nos regresarán.

La verdad es que tengo miedo. Hay gente a la que descubren, y cuentan que las lanchas se hunden y muchas personas mueren o se pierden en el mar. Pero tengo fe en que mi familia y yo lleguemos a salvo: mi padre Ahmed, que tiene 35 años, y mi hermano, de doce años, igual que yo. Mi madre, desgraciadamente, murió hace tres años, cuando tenía 32.

Vamos a ir en una lancha treinta personas. Vamos a ir justos, pero es por una vida mejor. En la lancha también van a venir mi mejor amigo Gamal, y su familia. Saldremos en unas dos horas, a las ocho de la mañana. Estoy emocionado a la par que nervioso, ya que es como ir a un nuevo mundo lleno de cosas nuevas. No sé qué será de nosotros una vez que estemos allí.

*

Es la hora. Hemos ido corriendo a la lancha, ya que es ilegal lo que hacemos. Pero no hay otra opción más que avanzar e ir sin miedo, o quedarse aquí.

*

Llevamos una hora en el mar y no ha pasado nada. Cada persona ha traído algo para comer, pero, como no tenemos mucho, comeremos ahora y, con suerte, algo más tarde. A mi lado están mi hermano y Gamal. Estamos nerviosos y hablamos para tranquilizarnos.

*

Ya se está haciendo de noche. Escuché que nos estamos quedando sin combustible, así que tocará remar.

*



Falta una hora para comer. Ya es de noche y hace mucho frío. Casi no se ve nada y tengo sueño, pero no podemos dormir, tenemos que estar atentos por si ocurre algo, aunque mi padre nos dijo que podíamos dormir un rato, que no va a pasar nada.

*

No sé qué ha pasado. He abierto los ojos y estaba oscuro, no podía respirar. Parece que me estoy hundiendo en el mar, me descuidé, no debí haberme dormido...

*

Adel se ha desmayado. Una figura oscura tira de él y lo lleva a la superficie.

*

Me acabo de levantar. Parece que estoy vivo: alguien me rescató. Mi padre está a mi lado, pero no ve a mi hermano. Gamal está frente a mí, solo y llorando. No sé qué ha pasado, pero no estamos en la lancha en la que íbamos. Hay gente que no conozco y estoy preocupado por lo que le haya pasado a mi hermano...

Nos llevaron a un lugar apartado, con un único edificio donde nos dieron ropa y comida. Al parecer, habíamos llegado al otro lado del mar. Mi padre me dijo que era una isla llamada Lampedusa. También me contó que mi hermano murió ahogado, y que la familia de Gamal también. Sabía que no iba a ser fácil, pero jamás esperé que ocurriera todo esto. No sé qué va a pasar con nosotros, pero viviré por mi hermano, que soñaba con ir al otro lado del mar.

Sergio Daniel Cornejo Minga 4ºE



Prohibido pensar (Nigeria)

Hola, mi nombre es Hamid, tengo veintiséis años y soy de Nigeria, de la ciudad de Ibadán. Hace dos años me casé con una chica llamada Lisa, y hoy tenemos una hermosa hija, Fiona. Mi familia y yo, sin embargo, no lo seríamos si no fuera por la decisión que se tomó aquel 5 de mayo. Ahora les diré lo que pasó.

Un día 3 de mayo, me convertí en rehén del grupo *Boko Haram*. Ese día participaba en un mitin. Tuve mala suerte y fui secuestrado, junto con otras cuarenta y siete personas. Fui hecho rehén junto con niños, mujeres y hombres de diferentes edades. Nos tenían en un edificio muy extraño, rara vez nos daban aguay comida. Estábamos todos muy asustados y solo esperábamos la muerte. Aguantamos así durante cinco días.

Afortunadamente, el 5 de mayo, las autoridades nigerianas y de las regiones vecinas decidieron unirse y un par de días más tarde lanzaron un contraataque a *Boko Haram*. Lo hicieron bien. Durante aquellos cinco días retenidos, como he dicho, no sabíamos qué esperar, pero en algún momento comenzamos a escuchar un ruido al otro lado de los muros, al que siguieron los gritos de los hombres, hasta que la puerta se abrió abruptamente: eran los militares quienes habían venido por nosotros, ¡no podíamos creer lo que veían nuestros ojos! Nos brindaron ayuda al instante, y nos informaron de que aquella célula del grupo estaba detenida y que ya no podría hacer daño a nadie.

Ocho meses después conocí a Lisa...

Соня Кашенкова

Sonia Kashenkova 4°C



El viaje a Sudán del Sur

Eran las seis de la mañana cuando nos levantamos para coger el vuelo que salía a las ocho de ese mismo día, con destino a Sudán del Sur.

Fuimos a ese país con la intención de reportar los conflictos que estaban sucediendo en ese momento, que era un golpe de estado. Éramos siete personas: dos cámaras y cinco reporteros. Cogimos el vuelo y diez minutos antes de llegar, el avión tuvo un fallo y caímos en picado. Sobrevivimos nomás cinco personas: un cámara y cuatro reporteros, de los cuales dos estaban gravemente heridos, y por ello tuvimos que dejarlos atrás.

No sabíamos qué es lo que había pasado, solo sabíamos que estábamos en Sudán del Sur porque nos quedaba poco para haber llegado al aeropuerto. Caminamos unos cuantos kilómetros a buen paso y llegamos a un área de vegetación espesa en la que había muchos mosquitos. Allí, a la orilla de un gran río que no podíamos cruzar, encontramos una linterna de baterías, pero preferimos no cogerla, porque no nos serviría de mucho. Decidimos seguir el río a ver a dónde nos llevaba, y así fuimos a parar a un grupo de cabañas en las que había gente armada hasta los dientes, parecía que se armaban para una guerra. Intentamos comunicarnos con ellos, pero respondieron disparando y salimos corriendo de allí. Decidimos volver al avión, a ver si había alguien y, en efecto, había llegado un grupo de rescate que había visto caer el avión. Por fortuna, pudimos salir vivos de aquel lugar.

Jhonatan Alexander Cornejo Minga 4ºE



Sin tregua (Sahara Occidental)

Esta es la historia que vivieron un par de flamencos hace casi cuarenta años mientras buscaban un lugar donde pasar las estaciones frías.

A principios de 1976, un gran grupo de aves migratorias iba volando sobre un gran terreno desierto en el continente africano en busca de calor, uno de muchos destinos posibles era el Sahara Occidental, una región en el norte de África, aunque no sabían que es una zona bastante peligrosa por culpa de la disputa entre Marruecos y el frente Polisario.

Algunas aves se separaron y bajaron a beber agua en cuanto localizaron un oasis, entre ellos había cigüeñas, flamencos, golondrinas y gaviotas. Poco después de que la mayoría terminara de beber, se empezaron a escuchar disparos y gritos a lo lejos. Por acto reflejo, las aves huyeron del lugar, salvo un par de flamencos llenos de curiosidad que se acercaron a mirar qué era aquel ruido que no paraba de sonar. Era de día y se podía distinguir perfectamente charcos rojos debajo de cuerpos que no se movían. Los flamencos se acercaron a un grupo de cuerpos, ignorando completamente los alrededores, por donde había más cuerpos esparcidos. Giraron el cuello como si se estuvieran preguntando si estaban dormidos y, así, empezaron a picar a uno de los cuerpos. Poco después, el cuerpo se levantó de golpe y empezó a gritar: –¡Malditas aves rosadas! ¡Os cocinaré y os comeré!

Al parecer, estaba intentando hacerse el muerto para evitar seguir en el enfrentamiento a pesar de solo tener heridas leves. Como nunca antes había visto ese tipo de criatura, no sabía que eran “flamencos”, pero eso no impedía que estuviera enfadado, por lo que seguía amenazándoles y maldiciéndoles. Los dos flamencos no entendían lo que decía, hasta que les apuntó con una pistola y disparó. Al fallar hizo que las dos aves empezaran a volar para salir de ahí antes de que



alguno de ellos recibiera una bala. Les costó no tropezar con otros cuerpos y provocar su ira, sin embargo, indirectamente recibieron roces y golpes de la gente que todavía luchaba.

Después de conseguir salir de ese gran grupo, se alejaron y pararon de nuevo por donde el oasis, ya que estaban cansados y por culpa de los dolores no querían seguir adelante. Ya por la noche, después de descansar unas cuantas horas, dejaron de escuchar los ruidos de antes, pero por miedo no iban a regresar ahí, así que se dirigieron hacia el sur, a ver si por casualidad encontraban otro grupo de aves migratorias. Por desgracia, después de un rato, se acercaron a un grupo de humanos que descansaban por esa zona.

–¡Las aves, las aves rosadas! ¡Venid aquí, os voy a comer! –decía la misma persona que había intentado matarles esa misma mañana.

Al parecer, estaba borracho. Se acercó tan rápido que las aves tardaron en reaccionar y tuvieron que retroceder apresuradamente. El hombre seguía persiguiéndoles, pero no conseguía atrapar ninguna.

–¡Tú, inútil, ven aquí! ¿Estás perdiendo el tiempo o qué? –dijo alguien más.

El hombre paró de perseguirles y se dirigió al otro humano:

–¡Señor, mire qué aves tan raras! ¡Seguro que saben genial!

“Cierto”, pensó el otro, pero a pesar de la tentación decidió dejarles en paz.

–¡No tenemos tiempo para jugar! Nada más amanezca tenemos que ir al frente. Ahora mismo hay que prepararse para la batalla: si perdemos, todos nosotros tendremos que irnos de aquí, ¡todas las familias tendrán que abandonar sus hogares o someterse a los marroquíes!

– Malditas aves, os comeré en otro momento... –susurró el primero. Y se fue corriendo detrás del otro.

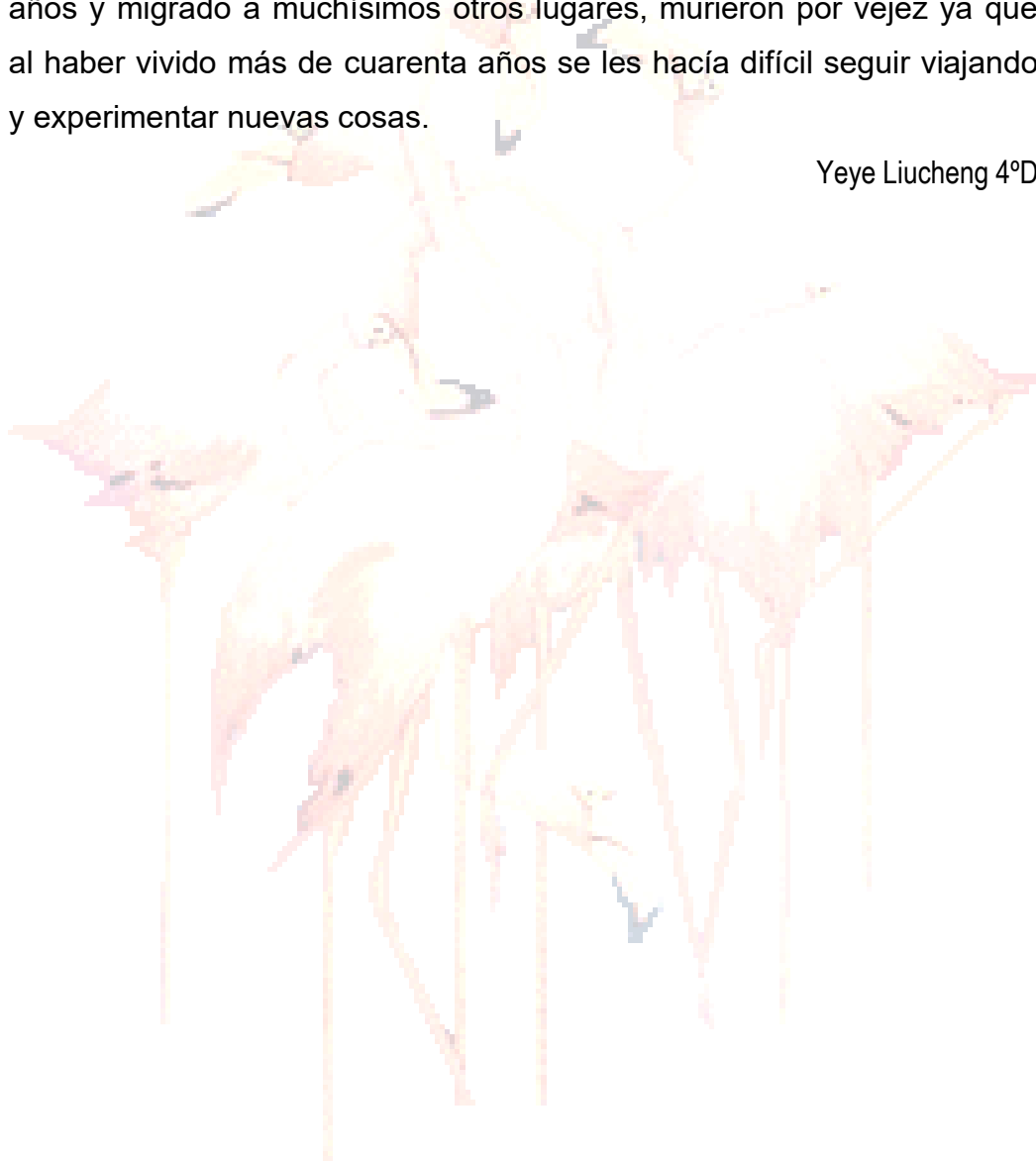
Los flamencos no entendieron nada de lo que habían dicho, y ese mismo año decidieron quedarse en esa región a pesar del mal momento que habían pasado.



En 1991 se declaró una tregua gracias a la intervención de la ONU, pero hace menos de un año, en noviembre de 2020, el frente Polisario le declaró la guerra a Marruecos y a día de hoy se sigue sin dar una solución al problema.

Nuestros flamencos protagonistas, que ya habían vivido bastantes años y migrado a muchísimos otros lugares, murieron por vejez ya que al haber vivido más de cuarenta años se les hacía difícil seguir viajando y experimentar nuevas cosas.

Yeye Liucheng 4ºD



Por siempre (Desde el más allá)

Sentía la sangre que caía por mi cara. Cansado y destrozado, sosteniendo el fusil en mis manos, de repente, lo vi todo claro. Dos bandos, una sola lucha sin sentido. Bombas cayendo desde el cielo al campo de batalla para matar a esos soldados valientes que luchan por un objetivo común: olvidarse de todo y volver a casa.

Cuando estás en una situación así, allí en medio, lo único que puedes pensar es qué pasará, aunque en realidad sabes que la suerte ya está echada.

Aquel día iba a ser mi último día de vida, el peor de todos los vividos. Días antes de subirnos a ese buque con destino al infierno, mi hijo y yo recibimos la noticia de que mi mujer había sido asesinada mientras estaba de servicio: una enfermera militar con un corazón enorme. Los dos, mi hijo y yo, destrozamos por la noticia, no encontramos otra opción que ir a la guerra. Por ella.

Durante aquel tiempo en el campo de batalla, sentí dolor, desesperación, injusticia, pero sobre todo miedo. Miedo de perder a lo único que me quedaba, y miedo de dejarle solo en este mundo horrible. Una vez allí solo queríamos huir, pero no se puede, porque allí la única salida es la muerte.

Y ese día, finalmente, nuestra hora llegó. Al caer la noche, mi hijo recibió una bala en el estómago.

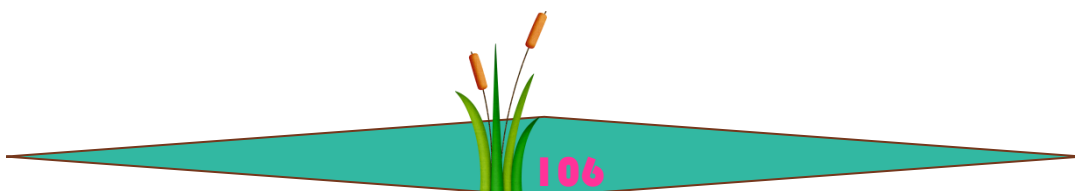
–Tengo frío, papá, mucho frío. Ayúdame, no quiero morir –, me dijo tiritando, con costosas palabras.

–Lo sé, hijo, y lo siento, ¡lo siento tanto! Tienes que ser fuerte... Nos veremos pronto –, le dije mientras cerraba sus ojos poco a poco y su corazón dejaba de latir.



Lo máspreciado que tenía murió en mis brazos. Mi hijo, lo único que me quedaba, ya no estaba. Le besé la frente y le juré que su muerte valdría la pena. Con lágrimas en los ojos, salí de la trinchera y corrí hacia el enemigo para vengar la muerte de mis dos héroes caídos. Nunca me arrepentí de lo que hice por ellos. Y ahora, por fin, soy feliz con su madre y con él, viviendo por siempre, en el más allá.

Laura Valcayo García 4ºC



Epílogo: La reconciliación imposible (Eclipse)

Desde pequeños nos han hecho creer que la Luna y el Sol estaban enfrentados entre sí.

Es cierto que cada uno tiene su papel, cada uno tiene su función. Es cierto que cuando uno sale, el otro se esconde, y viceversa, pero no por eso tienen que estar enemistados entre ellos.

La Luna no odia al Sol, el Sol no odia a la Luna, solo esperan impacientes en silencio a que llegue el momento oportuno, el momento en el que puedan volver a ser uno solo. Y así ser algo que nadie jamás podría haber imaginado.

Así, esperando años y año para volver a verse.

Y llegó el día. Después de mucho tiempo, la Luna y el Sol se juntarán por unos minutos. Están impacientes.

Quedan cinco minutos. La gente, nerviosa, está esperando algo que jamás pensaban que pudiera ocurrir.

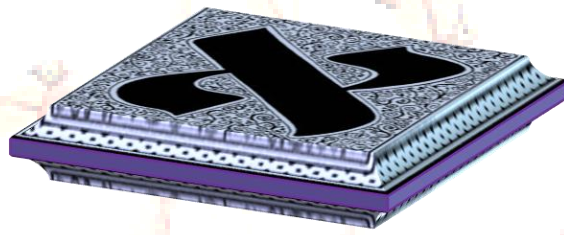
Tres minutos. Ambos se divisan a lo lejos, muy ilusionados.

Tan solo quedan cinco segundos... Cuatro. Tres. Dos... Uno.

Un eclipse perfecto.

Eva Box Ferreiro 4ªA





Este libro
se acabó de editar
en Torrevieja,
en mayo de 2021.



¿Pero qué es un aleph?

